

Teoría Crítica, Democracia y Trabajo.

*Eduardo Rojas



I. El valor democrático de la crítica

“La ideología del gusto natural obtiene sus apariencias y su eficacia del hecho de que, como todas las estrategias ideológicas que se engendran en la cotidiana lucha de clases, naturaliza las diferencias reales, convirtiendo en diferencias de naturaleza unas diferencias en los modos de adquisición de la cultura y reconociendo como la única legítima aquella relación con la cultura (o con la lengua) que muestra la menor cantidad posible de huellas visibles de su génesis, que, al no tener nada de “aprendido”, de “preparado”, de “afectado”, de “estudiado”, de “académico” o de “libresco”, manifiesta por soltura y naturalidad que la verdadera cultura es natural, nuevo misterio de la Inmaculada concepción” (Pierre Bourdieu’).

“[El ocaso de cierta idea de izquierda] podría estar indicando exactamente lo contrario de lo que se cree. No la caducidad de lo que está condenado a disiparse, sino la aceptación de filosofías que renuncian a las armas de la crítica para plegarse a la aceptación de un mundo que se acepta como inalterable” (José M. Aricó’).

Los años noventa y los primeros del siglo XXI, trajeron al progresismo de izquierda una conformidad con su historia presente que no había conocido antes. Si el cambio social había sido la justificación fundante, todo ocurría de modo de administrarlo sin conflictos que pudieran prolongarse y destruir el orden logrado. Había una transición desde la dictadura a dónde no se sabía bien pero se intuía democracia, un sentido con poco sentido, quizás, aunque digno de ser preservado de todos modos. Pero esa realidad semejante a la ilusión de consensos y transición permanentes iría desmoronándose con el tiempo. Lo sabemos hoy. Se hizo entonces deseable abrir los debates y polémicas sobre los principios o fundamentos que la política y el habla suelen invocar cuando el aparente desorden de la sociedad se lo impone y desaparecen las excusas. Cuando las ilusiones no son ya el deseo de la realidad.

La experiencia histórica unificó porfiadamente dialéctica de sociedad y crítica ideológica permitiendo siempre imaginar razones válidas al movimiento democrático chileno. La novedad es que hoy las imagina además para la tolerancia política. Las diferencias de cultura de la sociedad

postmoderna le imponen al campo progresista prácticas de inclusión que enfrentan tradiciones consolidadas de oposición de unos a otros. Esta imagen intelectual crítica frente a cambios sustantivos será examinada y discutida crecientemente. Se irá generalizando un relato nuevo de las ideas de la política reinantes desde 1990 hasta hoy, examinadas con el cristal de los tiempos en que el surgimiento del liderazgo de Michelle Bachelet pondría en cuestión certezas inamovibles de la ideología e historia política democráticas. Así parecerá siempre fructífero rastrear el discurso público de la elite gobernante a la búsqueda de señales de crítica anti sistema que no excluyan, necesariamente, las de tolerancia por el contradictor. Tan presente ésta en los tiempos de hoy a demanda de nuevas generaciones que no quieren ya revivir, por motivo alguno, la experiencia traumática del autoritarismo.

La preocupación por la teoría, por las explicaciones sistemáticas y racionalmente argumentadas de las bases del análisis político, parece en el Chile dedicado a la “gestión”, que tenemos hoy, extremadamente práctica y útil porque abre mundo. Por definición, agrega valor saber a la acción. Pero el juicio de valor positivo de la teoría será definitivo y adquirirá todo su peso si observamos el desbalance cultural y político que hay entre el discurso izquierdista habitual contra el “neoliberalismo”, meramente ideológico y confrontativo, y la potencia práctica de la economía neoclásica con sus aspectos de ciencia. Otro mundo es posible, sin duda, pero hay que abrirlo, dar palabra, acción y entendimiento de una amplitud que en la izquierda es difícil reconocer.

El neoliberalismo, dice Pierre Bourdieu para destacar su potencia cultural y política, es una teología matemática, especie de nuevo evangelio ecuménico capaz de dar apariencias liberales a una ideología conservadora que a la vez reniega de las ideologías. De este modo, piensa y guía sectores clave de la sociedad contemporánea:

“El neoliberalismo es una poderosa teoría económica cuya fuerza estrictamente simbólica, combinada con el efecto de la teoría, redobla la fuerza de las realidades económicas que supuestamente expresa. Ratifica la filosofía espontánea de la gente que dirige las grandes multinacionales y de los grandes agentes financieros, especialmente, los gestores de los fondos de pensiones”³.

¹Bourdieu P: La distinción. Criterio y bases sociales del buen gusto. Taurus, Madrid, 1998, pág 65.

² En Aricó J. M.: La cola del diablo. Itinerario de Gramsci

³Bourdieu P: “Una utopía razonada contra el fatalismo económico”. En New Left Review, Nro. 0, Eds. Akal. Madrid, 2000, pág. 158 (las cursivas son de Bourdieu).

La teoría es pues, como exige Bourdieu en el epígrafe, una cultura que confiesa su génesis, una sedimentación histórica de saberes y conocimientos con la que pretendemos formular racional y razonablemente lo que queremos decir y hacer. La preocupación por vincular la diferencia a la tolerancia, a la toma en consideración que en la sociedad y en la política actúan personas y grupos con visiones del mundo distintas, a veces contradictorias, plantea sistemáticamente a la política una exigencia de respeto, una pregunta acuciante sobre la posibilidad de vivir en sociedad de manera responsable.

Hablamos del trato con lo diferente, la inclusión del otro en la propia perspectiva que define tolerancia y responsabilidad auténticas. Y es un modo de no detenerse en el momento negativo de la acción, sino buscar su constructivismo, lo que entendemos por crítica.

En esencia, la convicción es que la única base real para la política progresista está en la cultura compartida por los ciudadanos, en los aprendizajes valores y saberes alcanzados colectivamente, en la belleza de las obras que son resultado de la experiencia y la vida compartida cuando perduran.

Entonces podemos precisar la tesis en su sentido democrático: la comprensión cultural e interactiva de la tolerancia, la crítica y la teoría, es indispensable para que al discurso y la política pueda reconocérseles diálogo y comunicación. Éstos, a su vez, inherentes a cualquier forma de democracia.

Toda ética democrática lleva a nuestra argumentación a construirse en permanente y explícita referencia a la argumentación de otros con la pretensión de hacernos entender. La tolerancia práctica se diferencia así de la ética de la responsabilidad o de la prudencia política del estratega, habituales en el discurso intelectual chileno progresista, porque no es del líder o de la elite experta que gobierna sino de una relación entre iguales: virtud de la vida cotidiana de la gente en la sociedad, de los murmullos y silencios de la calle.

Una aclaración metodológica es sin embargo, indispensable. La interpelación a la teoría se refiere y dirige a veces a la producción académica, puede encontrarla en una común pretensión científica, pero no es ése su campo de producción ni interlocutor principal.

El discurso que interesa es del político y el intelectual político, con ellos presenta acuerdos y objeciones con pretensiones de ser verdad. Por decirlo de otro modo, es una “teoría con intención práctica”, teoría para la política que, por pretensiones de significación socialista, se entiende guiada por un interés emancipador. Una enfática reivindicación de la palabra cuestionadora, razonable pero a fondo, orientada al entendimiento pero clara en que éste, cuando es real, establece, reconoce y valoriza diferencias y desacuerdos.

De esa manera, es necesario reconocer que una discusión de teorías con quienes discuten públicamente en el gobierno y sus alrededores es difícil, implica una dificultad práctica importante. Aspectos sustantivos de la política chilena de estos años, por una u otra razón razonable, no son de discusión abierta, con el agravante que los cuadros que ejercen una función en el Estado llegaron a convertir en regla evitar toda discusión interna, aún tratándose de cuestiones de obvio interés general y complejidad conceptual. Cuando lo hace y salvo excepciones el dirigente socialista limita su discurso a fórmulas genéricas, cuyos fundamentos no son asibles sin un análisis en profundidad, siempre difícil. O recurre a argumentos a priori no problemáticos políticamente ni confrontativos ante el orden y el poder. La moderación ante las aristas conflictivas de las discusiones lleva a que reine en ellos una idea de “inteligencia” y “responsabilidad” que las restringe al acuerdo globalizante y evita las complejidades de la dialéctica histórica. Idea que una lectura atenta debiera contribuir a flexibilizar.

Un ejemplo de esta autorrestricción práctica del pensar teórico, lo proporciona la lectura de los discursos del ex presidente Ricardo Lagos, cuyas visiones de la teoría social o política son difícilmente rastreables en su discurso público desde que es ejecutivo de gobierno, es decir, durante casi todo el período que va desde 1990. Tras una retórica culta literariamente impecable, puede suponerse una teoría económica cercana a la economía neoclásica, una idea de política sistémica y funcionalista y una pedagogía cercana a su vez a la tecnología de la información. Pero deducir de allí con precisión distinciones que pueden alcanzar contenidos de democracia, mercado, política, gestión, gobernabilidad, igualdad, por poner ejemplos de teorías y conceptos conflictivos, resulta riesgoso y técnicamente difícil. No son estas distinciones una materia del discurso político explícito del socialismo gobernante.

Los años noventa y los primeros del siglo XXI, trajeron al progresismo de izquierda una conformidad con su historia presente que no había conocido antes. Si el cambio social había sido la justificación fundante, todo ocurría de modo de administrarlo sin conflictos que pudieran prolongarse y destruir el orden logrado

2. La eficacia de la crítica socialista

Acá correspondería introducir otra reflexión metodológica. Toda experiencia de lectura paciente y concentrada enseña que hay una distinción analítica habitualmente muy útil e ignorada, entre el sentido político práctico de la crítica y su sentido teórico puro. No es del mismo efecto real, su practicidad y resultado, según que se haga desde afuera o desde adentro del sistema criticado. Los socialistas hemos practicado históricamente una crítica al capitalismo y a nuestros adversarios que podemos llamar “trascendente”, cuya particularidad es que se ubicaba desde la perspectiva de un futuro utópico desde la cual se hacían del todo evidentes los males del sistema.

Los socialistas hemos practicado históricamente una crítica al capitalismo y a nuestros adversarios que podemos llamar “trascendente”, cuya particularidad es que se ubicaba desde la perspectiva de un futuro utópico desde la cual se hacían del todo evidentes los males del sistema.

La experiencia demostró no sólo que ese rol de la utopía no producía evidencias, a la vez, que en lugar de afectar al sistema terminaba, casi siempre, reforzando sus condiciones de existencia. La crítica externa, el mero rechazo o negación distanciada, no lograba en los hechos su objetivo de debilitar la fuerza del “e n e m i g o”.

En otros tiempos la crítica implicó un sujeto y un espacio independiente (científico) desde el cual ser formulada, no pudo sino ser trascendental. El problema, dice un difundido estudioso de la sociedad de la información, es que el propio orden global de la información borra y devora todo lo trascendental.

En la era de los flujos y las redes de comunicaciones tecnologizadas, no existe sujeto, espacio ni tiempo suficiente, para cuestionamientos externos al sistema.

Lo más que puede esperarse de la reflexión crítica, agrega, es complementar las redes de actores globales e inmanentes de la sociedad actual, marcar una diferencia, reconfigurar la información, remodelar la tecnología y sus límites, reelaborar las fronteras de la propiedad y el dominio público⁴. Vemos que un indisimulable aire metafísico que opaca la apertura y reflexividad críticas de toda

⁴Lash S.: Crítica de la información. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2005, pág. 19.

comunicación humana no impide, sin embargo, un discurso de utopías. Las cuales por añadidura no son desarrollos del sistema sino más bien sus interrupciones.

Aún para el pensamiento más instalado en las nuevas condiciones de la economía global, la utopía juega un rol realista en el sentido de la transformación social.

De modo similar, aún en los contextos abarcativos del orden informacional es posible unificar análisis riguroso y sospecha frente al engaño en que pueden incurrir las ideologías del equilibrio general y sistémico. Al decir de un teórico del siglo XX, Theodor W. Adorno, tal sospecha “recoge consecuentemente el principio de que no es la ideología la que es falsa sino su pretensión de estar de acuerdo con la realidad”⁵. Se trata entonces de dar cuenta del pluralismo de las sociedades de hoy sin endosar las falsas armonías o como pudo ocurrir en el Chile de la “democracia de los consensos” de los años 90, sin caer en el miedo al conflicto político. Señala Adorno hablando de cosas cercanas:

“Para la crítica inmanente lo logrado no es tanto una formación que reconcilie las contradicciones objetivas en el engaño de la armonía cuanto aquella que expresa negativamente la idea de armonía, formulando las contradicciones con toda pureza, inflexiblemente, según su más íntima estructura”⁶

Por esto, la búsqueda de una reconciliación social sin engaño permite reconocer una crítica que llamamos “inmanente” porque se sitúa desde el sistema criticado, busca comprenderlo y demostrar inconsistencias y errores según su lógica interna, saca las conclusiones que sus defensores no sacan porque no quieren o no pueden. Es una crítica difícil y compleja, requiere un esfuerzo comprensivo considerable, una identificación precisa de contextos y particularidades, límites y horizontes en que tiene lugar, pero la experiencia dice que es más eficaz, disputa en el terreno mismo del “adversario”, donde, si convence, políticamente crece. De esta crítica desde adentro del sistema depende la eficacia de la oposición progresista a las políticas y modelos neoliberales, aduce un enjundioso estudio de Luc

⁵Adorno T.W.: Prismas. Ariel, Barcelona, s/f (citado en Jay M.: La imaginación dialéctica. Historia de la Escuela de Frankfurt y el Instituto de Investigación Social (1923 – 1950). Taurus, Madrid, 1991, pág. 294.

⁶Id

Boltanski y Eve Chiapello, dedicado como Weber hace un siglo a clarificar las motivaciones del “*espíritu del capitalismo*”, sus justificaciones y pretensiones de valor en las economías en red. Cuando todo lo que vale es conectividad e información, aclaran, el capitalismo floreciente de hoy sólo escucha una crítica cuyo sentido surja de una distinción entre un estado de cosas real y uno deseable. Es decir, una apelación ética que deja de lado la pura consideración de la fuerza o los engaños del poder y apela a la justicia, puesto que si no fuese más que un señuelo ideológico ¿Qué sentido tendría la crítica?⁷

El espíritu capitalista del mundo en red, la idea del “*proyecto*” y movilidad como supremo bien común, obliga a enfrentar la nueva forma de explotación (“*exclusión*” de la red) y la ideología de la “*flexibilidad*” a través de una crítica tenaz, amenazadora e inventiva a todo desacato de las normas, reglas y compromisos que organizan la cooperación reticular típica de la red. La sola condición es que la crítica reconozca un mundo común con el criticado, concluye el estudio citado. Discurso cuyo argumento práctico fuerte, como podrá verse más adelante, sintoniza fácilmente con el que en nuestro lenguaje llamaremos “*acción comunicativa*”:

“Una teoría de la explotación debe mostrar que el éxito y la fuerza de algunos se deben, de hecho, al menos parcialmente a la intervención de otros actores cuya actividad no es reconocida ni valorizada. Esta perspectiva crítica supone, en primer lugar, la existencia de un mundo común. Para conectar exclusión y explotación hace falta, como mínimo, estar en condiciones de fundar un principio de solidaridad entre la felicidad de los fuertes (grandes) y la miseria de los débiles (pequeños). En efecto, si por un lado tenemos a fuertes muy dichosos y por el otro a pequeños en miserables condiciones, pero sin relación los unos con los otros y moviéndose por mundos totalmente distintos, entonces la idea de explotación carece de sentido”⁸.

No obstante sus dificultades de teoría y práctica, en el Chile post dictadura este ejercicio crítico

⁷Boltanski L. y Chiapello E.: El nuevo espíritu del capitalismo. Eds. Akal, Madrid, 2002, pág. 72.

⁸d. pág. 466

resulta a todas luces adecuada a la modernización. Modernización de tránsito necesario a una “*sociedad del riesgo*” en que la expansión de las opciones va unida a la atribución dramática de los riesgos que ocasionan las decisiones adoptadas.

Como bien señala Josetxo Beriain, un investigador vasco en el bello prólogo a un texto “*sobre las consecuencias perversas de la modernidad*”, Ulrich Beck, el más destacado sociólogo de la nueva sociedad, distingue entre modernización simple y “*reflexiva*” y es ésta la que fija las reglas constitutivas, la norma de la modernidad⁹.

Pero en sus marcos reflexión es autoconfrontación, ya que la transición de la sociedad industrial a la sociedad del riesgo se consume como no deseada y no pretendida mientras da a la modernización el modelo de consecuencias laterales latentes.

El mundo del riesgo puede significar que queriendo el mal se cree el bien y viceversa que queriendo el bien se cree el mal, sostiene Beriain ¿Cómo no extender entonces la crítica inmanente, la autoconfrontación de lo que está bien o de lo que está mal?

Ambas formas de crítica no son necesariamente contradictorias.

Ulrich Beck, el más destacado sociólogo de la nueva sociedad, distingue entre modernización simple y “reflexiva” y es ésta la que fija las reglas constitutivas, la norma de la modernidad

Pero importa destacar que dan lugar no sólo a estilos y procedimientos de discusión distintos sino a políticas de contenidos distintos. Quien obvia esta discusión por “*formal*” se equivoca. La crítica trascendente tiene como forma privilegiada la “*explicación*” por las observaciones que uno o el experto realiza, su éxito lleva a una aclaración racional de nuestros objetivos ante el otro. La crítica inmanente tiene como forma

⁹Beriain J.: “El doble “sentido” de las consecuencias perversas de la modernidad”. Prólogo a: Giddens A., Bauman Z., Luhmann N. y Beck U.: Las consecuencias perversas de la modernidad, Anthropos, Barcelona, 1996, pág. 22.

privilegiada la “comprensión” de uno con otros, su procedimiento es la escucha y su logro máximo es el entendimiento, que a veces es poco claro pero siempre es compartido con otros. Ambas pueden ser manipuladas inteligentemente por un estratega y el peligro es el fundamentalismo, en el primer caso o la sustitución (del otro), en el segundo. Pero dado que busca el entendimiento la mirada inmanente nunca cierra la discusión, por esto en definitiva, se adecua mejor a una política de la diversidad, indispensable hoy para el trato de la complejidad social.

3. La innovación y su referencia a la tradición

Dícese de un teórico socialista universalmente respetado, Walter Benjamin, que quiso componer su monumental

La academia suele exhibir la virtud y el defecto del uso de la cita y de las referencias bibliográficas sistemáticas. A nuestros ojos, es más una virtud que un defecto porque implica un análisis histórico, actores y autores de antes y de hoy en relación, acuerdo o conflicto

historia del capitalismo francés del siglo XIX sólo con citas de otros textos.

Entendemos que hay en semejante pretensión de método un respeto a la realidad y la verdad que se nos escapa, pero intuimos que es posible sacar de allí una inspiración fuerte para el abordaje del trabajo intelectual.

La academia suele exhibir la virtud y el defecto del uso de la cita y de las referencias bibliográficas sistemáticas. A nuestros ojos, es más una virtud que un defecto porque implica un análisis histórico, actores y autores de antes y de hoy en relación, acuerdo o conflicto. Enseña el pensar colectivo, el trabajo en equipo para todo esfuerzo de elaboración de lo nuevo. El uso leal de la cita muestra el origen de la tradición, el saber o el conocimiento en que pretendemos afirmarnos y da ocasión al que lee de hacer su propio recorrido con sus propias conclusiones.

En toda búsqueda de un discurso innovador esta virtud de la referencia explícita a obras ya publicadas adquiere sentido adicional. Sobre todo cuando la discusión se generaliza y requiere decisiones constructivas, pues amplifica la oferta de información. Es de efecto constructivo además para la comunicación con el receptor: la referencia ofrece un lenguaje y alegato ya publicitados, entrega

información necesaria a quien no está informado o no es especialista y abre posibilidades agregadas de desarrollo de ideas, de modo que quien quiera aprender, discrepar y acordar, pueda hacerlo por sus propias razones. Una discusión orientada al entendimiento del estilo de la crítica inmanente se hace entonces más plausible. No es habitual escuchar un elogio del comentario de la obra de otros, pero a veces ocurre incluso en referencia a intelectuales cuya originalidad todo el mundo presupone y aplaude, como Maurice Blanchot:

“Pero ¿Qué conseguimos comentando la obra de otros autores se pregunta Blanchot? ¿Qué conseguimos comentando otros comentarios? La repetición no es imitación, la repetición añade siempre algo nuevo, añade lo que no dice la obra, lo que ha tenido que callar para poder producirse”¹⁰

Por razones cercanas a Blanchot un discurso eficaz en su impacto se querrá modesto frente al saber de los otros, sin por eso ceder en la búsqueda de originalidad. Quizás ha explicado esta concepción muy bien es una política y escritora colombiana, Laura Restrepo, que preguntada por el rol de la influencia de un maestro sobre su producción afirma que la originalidad sólo es auténtica si sus créditos son emergentes de la historia. Lo nuevo no es un inventico de individuos brillantes sino aquello cuyos orígenes se destacan de una experiencia que es colectiva, experiencia en la cual el brillo de un individuo es ostensible para otros individuos:

“yo reivindico el derecho a tener maestros. Esa especie de urgencia de originalidad al precio que sea produce lo que llamo «inventicos», que resultan fatales para la literatura. La palabra «original» me gusta en la acepción que refiere al arraigo en los orígenes; yo creo que la cultura, la tradición literaria, es un tejido colectivo y que desde luego tomamos lo que viene de atrás, aprendemos de ello, y hacemos un aporte microscópico. El brillo individual, el estrellato entendido en términos de cultura, me parece una cosa nefasta: se presentan luminarias caídas del cielo, dotadas de poderes

¹⁰Manuel Arranz, Prólogo a Maurice Blanchot: Los intelectuales en cuestión. Esbozo de una reflexión, Tecnos, Madrid, 2003 pág. 45.

raros, cuando en realidad se trata de un tejido social del que nosotros formamos parte. Hay una cosa mediática que presenta a la escritura como si fueran caballos de carrera¹¹.

Una venerable tradición intelectual latinoamericana da sustento histórico y conceptual a la visión de la escritora colombiana sobre el valor de origen de la obra humana. José M. Aricó, recordado autor y observador argentino de las realidades sociales y políticas del continente, había encontrado en otro no menos notable colega suyo, José Carlos Mariátegui, una perspectiva sobre el pasado en la cual toda tradición es heterodoxa e internamente contradictoria. No se deja aprehender en una fórmula hermética.

La tradición dice este revolucionario “tradicionalista” tiene siempre un aspecto ideal, fecundo como fermento e impulso del cambio y un aspecto empírico que la refleja sin contenerla totalmente. La tarea de los socialistas en consecuencia no puede ser negarla sino refundirla, encarnando la voluntad de la sociedad de “vivir renovándose y superándose incesantemente”.

La cita de Mariátegui le permite a Aricó enfrentar el equívoco que la derecha proyecta sobre la izquierda al acusarla de renegar de la tradición. A la vez ayuda a captar la inconsistencia y superficialidad de los discursos de la innovación política o económica que la hacen residir en puras invocaciones al espíritu innovador de la competencia mercantil. Más aún, hasta en una experiencia tan radicalmente original cual la revolución hay continuidad, puede decirse recordando las tesis de Mariátegui:

“Los verdaderos revolucionarios no proceden nunca como si la historia empezara con ellos. Saben que representan fuerzas históricas, cuya realidad no les permite complacerse con la ultraísta ilusión verbal de inaugurar todas las cosas [...] No existe, pues, un conflicto real entre el revolucionario y la tradición, sino para los que conciben la tradición como un museo o una momia. El conflicto es efectivo sólo con el tradicionalismo¹²”.

¹¹Entrevista al diario Página 12 de Buenos Aires, 24 de febrero de 2004.

¹²Mariátegui J. C.: Peruanicemos el Perú, Obras Completas, Vol. 10, Lima, Amauta, 1970, págs. 117 – 119. Citado en Aricó J. M. (2005) op. cit. ,pág. 145.

El país atraviesa una coyuntura, que anuncia permanencia, en la cual las acciones y decisiones políticas del dirigente, por los tiempos y realidades del gobierno de Bachelet, tendrán efectos más directos e inmediatos que antes, para bien o para mal, en millones de personas. Y todo sugiere que los sectores progresistas abren hoy un período en que la discusión programática y teórica será determinante. Luego de quince años, el pensamiento y las ideas rectoras de la política democrática dan la impresión de haber cumplido su ciclo de vida y exigir una renovación. Estamos, dice Bachelet cuando todavía es candidata, en el umbral de un cambio en el ciclo político por el cual los temas de la transición han ido quedando superados y surgen en la sociedad chilena nuevas subjetividades sociales y culturales. Una nueva conciencia ciudadana que obliga a repensar a fondo el proyecto político concertacionista. Para quien además de socialista será la primera Presidenta de la historia de Chile, es él éxito y los logros de los gobiernos de la Concertación, el dinamismo de la economía y la gobernabilidad democrática ganada, particularmente los avances modernizadores del gobierno de Ricardo Lagos, lo que hace notar la carencia de una teoría que permita volver a fundar la política en una interpretación adecuada de las realidades político-institucionales y económico-sociales¹³.

“Me inicié y formé en la política en un tiempo en el cual se discutía y se leía con pasión, se intercambiaban libros, y las ideas alimentaban y daban fundamento a nuestros proyectos personales y colectivos. Eran tiempos en que nos parecía imprescindible formarnos políticamente y andar premunidos de un buen número de teorías para intentar comprender y transformar la realidad.

No digo esto sólo como un ejercicio de nostalgia, sino porque pienso que requerimos un esfuerzo intelectual adicional para interpretar este nuevo Chile que ha emergido luego de tres gobiernos de la Concertación. Comparto cuando se sostiene [...] que los cambios que han sucedido en la sociedad chilena en los últimos años han dejado obsoletos los marcos interpretativos tradicionales y que la nueva realidad anda un poco huérfana de teoría.”

¹³Bachelet M.: “Una concertación ciudadana para un nuevo ciclo político”. Presentación del libro de E. Águila Los desafíos del progresismo. Hacia un nuevo ciclo de la política chilena, Instituto Igualdad, Santiago, 2006 (publicada en www.centroavance.cl, Santiago 24.01.06)

En el personal dedicado a la gestión pública no es habitual este reconocimiento explícito de una brecha entre pensamiento teórico y política pública, y habrá que ver qué significados y sentido adquiere bajo el liderazgo de Bachelet la idea de orfandad teórica que ella dirige a los sectores gobernantes.

Nuestra sugerencia es que un primer aporte teórico a la discusión programática pendiente llamará la atención sobre los enfoques comunicativos del discurso y de las prácticas. Los eventuales logros se inspirarán entonces recursivamente en dos tradiciones intelectuales densas, las de Jürgen Habermas y de Hannah Arendt. Situado allí, es posible un aporte sistemático al proyecto socialista y democrático chileno, por la vía de mostrar que la teoría de la acción comunicativa y la ética discursiva de Habermas y Karl Otto Apel, desarrollada por décadas en Alemania, EEUU, España y América Latina (herederos de la “teología de la liberación”), justamente porque penetra la acción en su elemento más básico e ineludible, como la comunicación, no tiene rival que aspire con razón a disputarle eficacia en la explicación válida de la existencia social. Cualquier intento de esta disputa es una acción de lenguaje humano, se encuentra con ella y cae en su ámbito de argumento racional. Teoría que, por esa su razón estructurante, proporciona un punto de partida, débil, sólo del habla, no trascendente y contextual, pero punto al fin para la crítica de cualquier otra explicación del fenómeno o la relación social.

Habermas nos enseña una razón que ya no se cree propietaria de la historia, propia de la izquierda del pasado, sino sólo su comunicadora, razón que es diálogo entre sujetos antes que instrumento de poder de unos sobre otros. Elitista y simultáneamente abogada enérgica de la participación ciudadana, conservadora (de derecha) y revolucionaria (de izquierda), portadora de estas actitudes que el progresismo chileno de hoy abomina. Arendt nos enseña a distinguir categóricamente la política de la gestión y la labor meramente reproductivas, a entenderla como acción pública en un mundo compartido en el cual sólo reinará el orden privado si es secreto. Ambos nos enseñan la posibilidad de un poder comunicativamente generado, aún en las sociedades complejas del mundo de hoy.

Y por una lectura ampliada de estas teorías hemos logrado concebir el conocimiento y la realidad social al modo que nos enseñó –hace más de cien años– el “pragmatismo”, el pensamiento de los fundadores del sistema universitario y las instituciones académicas en que nuestros sabios economistas de hoy se han formado. Hay conocimiento objetivo, decían ellos, si la resolución constructiva de

los problemas, surgidos de fallas en la práctica, nos lleva a nuevas convicciones, estas mismas a su vez falibles y que tendrán que ser probadas. Los conocimientos se producen pues a partir del procesamiento inteligente de los desengaños y fracasos experimentados en la experiencia¹⁴. Las ideas no son producto de pensadores individuales, decían los pragmatistas, sino de las relaciones entre individuos, las cosas no ocurren, agregaban, como si hubiera que tener ideas para poder actuar sino al revés: hay que actuar (con otros) para tener ideas. En ese sentido, los pragmatistas no eran pragmáticos, no adecuaban su pensamiento a la realidad sino que lo construían a partir de experimentarla colectivamente.

Eran por ello profundamente democráticos, “liberals” se les llamaba entonces en su país, socialistas diríamos hoy en Chile. El pragmatismo es hoy ampliamente reivindicado por pensadores como Jürgen Habermas, Richard Rorty, Hillary Putnam y toda una escuela de filosofía académica en España y Europa, pero no es necesario ir tan lejos para relacionarlo con nuestra propia experiencia de la teoría. Un joven dirigente político clandestino en los inicios de la dictadura, Carlos Ortúzar, sociólogo que fue hace treinta años a aprender ciencia social en la vida con campesinos, llegó a entender el conocimiento de un modo sorprendentemente similar a los pragmatistas estadounidenses, particularmente en el valor como conocimiento que tienen las lógicas de acción productiva:

“Sin duda hay una lógica fundamentalmente práctica donde se valoran los hechos en función del quehacer productivo. Hay además un método de validación de opiniones e innovaciones, que recurre a referentes experienciales y a la tradición, y que es sólo vulnerable a partir de demostraciones experimentales. Hay además una argumentación o raciocinio para la prueba y comprobación que está basada, principalmente, en el ejemplo concreto, a partir del cual se generaliza. Las pautas de interpretación para hechos inesperados o no registrados en la experiencia y tradición, son codificadas mediante su traducción a términos o situaciones que tengan un registro en éstas últimas (fue el caso de traducir como práctica de un estudiante de agronomía la explicación de mi presencia allí¹⁵.”

¹⁴Habermas J.: Verdad y justificación. Ed. Trotta, Madrid, 2002, pág. 22.

¹⁵Ortúzar C.: Una aproximación al sentido común campesino. Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación (CIDE), Santiago, 1988, pág. 57.

De ese respeto por el saber de la gente y ciudadano, nos parece, debiera impregnarse el programa intelectual del socialismo y la democracia chilena. Pero hay todavía un pensador que expresa con mayor claridad nuestra específica preocupación por las ideas, conceptos y prácticas, las tradiciones de que somos tributarios y las anticipaciones que compartimos, el es Norbert Lechner.

A quien quisiéramos rendir un merecido y póstumo homenaje teniéndolo sistemáticamente presente como referencia sabia. Es Lechner, su cultura teórica y su saber práctico, especialista si puede haberlo en “los murmullos de la calle”, el intérprete mayor de la idea socialista y ciudadana que hoy parece extenderse. De él y del carácter abridor de mundos nuevos que su obra tuvo, pudo decir Tomás Moulian:

“Norbert no fue un productor de modelos, hizo una obra “siñalética”. Trabajaba para escribir bien, era un artesano, un orfebre, estaba impregnado del requisito estético de la escritura, conversaba de la botella de vino antes de abrirla. Una obra siñalética no descubre nada, vive del temblor y la sugerencia y del deslumbramiento que genera; genera espacios de significación continua de la experiencia, impide que nuestra vida social pueda ser entendida como la tragedia de estar condenada siempre a ser lo que es¹⁶”.

Lechner, como José Aricó, muestra un pensar postmarxista capaz de revitalizar el pensamiento socialista en los contextos tan restrictivos de la globalización chilena y latinoamericana de los últimos quince años. Ya a comienzos de los '80 había captado las señales de reconstrucción del materialismo histórico como teoría comunicativa, que surgían en la discusión alemana y anglosajona, o que desde Francia enseñaban que la formación del sujeto político no se logra sin costos humanos éticamente discutibles¹⁷. Abría una tradición así de renovación socialista hasta la raíz y no se contentaba, como a menudo ocurrió después entre sus compañeros, con importar desde la izquierda contenidos tradicionales de derecha. Legó una pasión legítimamente chilena y latinoamericana por reivindicar la política democrática frente a las tentaciones de elitismo que, seguramente, ésta heredaba de las dictaduras. El saber tecnocrático, dijo entonces pensando

¹⁶Ortúzar C.: Una aproximación al sentido común campesino. Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación (CIDE), Santiago, 1988, pág. 57.

a Chile sin régimen militar, da lugar a una política que es fundamentalmente orden y control social:

“Se busca desplazar la política como organización de la voluntad colectiva, como lucha entre “sentidos de orden” alternativos y sustituirla por la aplicación de reglas técnicas en un orden dado. La política dejaría de ser una confrontación entre posibilidades alternativas para transformarse en la determinación de la solución óptima. La optimización no es ya tarea del pueblo sino que requiere la calificación técnica¹⁸”.

En la democracia en Chile que le toca vivir, Lechner enfatizará las determinaciones del actor y la voluntad política, debilitando la creencia dogmática en una realidad objetivamente independiente del cristal con que se mira. Realismo, como se le llama, irremediablemente irrealista por confundir su visión de las cosas con las cosas mismas.

En la vertiente neoconservadora, a veces no distinguible del progresismo, diría el pensador chileno, el realista ve en la sociedad un orden natural. “Hayek, por ejemplo, acepta que el orden social es un producto de las relaciones sociales entre los individuos, pero sin que obedezca a algún diseño humano”, no es una construcción sino un orden espontáneo que preexiste a los intercambios individuales. La máxima realista dice que si las normas de la conducta social existen desde siempre, entonces todo consiste en descubrirlas y obedecerlas¹⁹. Será difícil, veremos, conciliar la idea socialista con este realismo dudosamente veraz y abiertamente ideológico que, no obstante su defectuosa consistencia, da sensatez y equilibrio a la influencia de la economía neoclásica en las políticas públicas de la Concertación gobernante chilena durante los años 90.

4. Socialistas: de luchadores sociales a hombres de Estado

Se puede examinar la trayectoria de los socialistas chilenos en los gobiernos de la Concertación intentando una síntesis del cambio de mentalidad fundamental que han experimentado. La historia de la discusión que tuvieron desde el fin de la dictadura en adelante sugiere entonces dos trazos profundos. El primero de ellos, a nuestro

¹⁷Homenaje a N. Lechner en el Aniversario de FLACSO, Santiago, 25 de abril de 2005.

¹⁸Id. pág. 110 (cursivas de Lechner).

¹⁹Id. 33.

modo de ver, evidencia una evolución capital: el dirigente socialista, su pensamiento y su acción, transitaron en grado diverso de profundidad desde la sociedad al Estado como ámbito privilegiado en que se sitúan y operan. Durante los años 90 y los gobiernos de la Concertación, bien o mal, llevados por un sentido de la responsabilidad que la restringe a las decisiones del gobernante, los socialistas son ya “hombres de Estado”.

No lo fueron en el pasado sino muy raramente. El otro trazo “llave” de la discusión de esos años indica un deslizamiento, similar en importancia, desde un ideal de filosofía de la historia, característico de los tiempos de la revolución, a un ideal de producción de bienes, impuesto –asegurase- por la economía globalizada.

La cultura progresista quiere alimentarse hoy más de la gestión eficiente que de la experiencia social. Por ésta entre otras razones fuertes, la práctica política muestra una brecha notable con la cultura y saber políticos disponibles hoy en el mundo de izquierda.

Tras un intento de integrarse a los debates partidarios concretos, los cuales aún escasos suelen provocar polémicas agrias, se dibujan líneas de interpretación de la formación del partido como sujeto político. El rol del trabajo en la política de la sociedad de la información, en que parecemos vivir, los nuevos modos de la emancipación democrática en tiempos de hipercomunicación, el rol de la memoria cuando todo es “on line”, desconocido al inicio del período y actualizado espectacularmente al cumplirse treinta años de la muerte de Salvador Allende, el aprendizaje de la historia y la readquisición de sus patrones de crítica y de tolerancia. La relación práctica de estos dos términos –crítica y tolerancia- surge paulatinamente de las discusiones e insinúa quedarse allí por mucho tiempo.

Nuestros argumentos van así hacia la teoría social en mejores condiciones de influir sobre ciertas demandas de teoría que el país parece plantear, la referida a la política pública, la sociedad civil y la ciudadanía. Instigados por un examen del legado de Hannah Arendt sobre la política como el “resplandor de lo público” y la ciudadanía, forma de un poder incompatible con la violencia que ella ve como

distintivo de la condición humana. Nuestra hipótesis de utilidad de este esfuerzo teórico puede sintetizarse de la siguiente manera: la sociedad civil tiene que desterrar de sus prácticas el participacionismo democrático ingenuo, que entusiasma a algunos y algunas mientras dura la excitación social que le da origen, pues la organización y el movimiento social porta reservas constantes de racionalidad, economía y dirección política, indispensables para el cambio democrático radical de la sociedad y una nueva figura del partido y el sujeto de la política. La investigación social más avanzada en estas materias nos ayudará a distinguir varias de las líneas generales con que el pensamiento y la práctica ciudadanos pueden contribuir a la gestión de los asuntos públicos. Entre ellas una línea de “autolimitación”, permanentemente fijada por la propia organización social, de sus demandas a la economía en materia de productividad y de dirección política al Estado; otra de reconstitución permanente de las condiciones de generación democrática y comunicativa de la política en la base social y una tercera de interpretación plural pero eficiente de las necesidades sociales que asedian la política institucional²⁰.

Surge por este derrotero la pertinencia de la teoría de la justicia de John Rawls, presentada hace veinticinco años, frondosamente explicada por su autor y discutida en todo el mundo y casi ignorada en Chile, al menos por el pensamiento de izquierda. Con rigor formal y sistemático, Rawls ofrece un

conjunto de orientaciones generales, básicas le llama él, para juzgar cuando una decisión política es más justa que otra, en las particulares condiciones de la sociedad capitalista democrática contemporánea, en que la pluralidad de visiones éticas y morales impide tener, para ese tipo de decisiones, un punto de vista racional único y objetivo²¹. Esta elaboración muestra la falacia del argumento utilitarista que

La cultura progresista quiere alimentarse hoy más de la gestión eficiente que de la experiencia social. Por ésta entre otras razones fuertes, la práctica política muestra una brecha notable con la cultura y saber políticos disponibles hoy en el mundo de izquierda.

²⁰Cohen Jean y Arato Andrew: Sociedad civil y teoría política, Fondo de Cultura Económica, México DF, 2000. Cohen es investigadora y profesora en la Columbia University y Arato, su marido, en la New School For Social Research, universidad famosa porque fue la de Hannah Arendt.

²¹Rawls J.: Teoría de la Justicia. FCE. México DF. 1997. También: Rawls J.: Liberalismo Político. FCE. México DF. 1997.

ve la justicia como producto del derrame del crecimiento de la economía. Una teoría de la justicia corregida versará sobre los modos de asegurar imparcialidad y formulará las difíciles condiciones de un equilibrio verdaderamente reflexivo entre fórmulas técnicas y tradiciones de justicia de la gente corriente. Condiciones que lo son, a su vez, de una democrática interpretación de las necesidades de justicia igualitaria. Es difícil imaginar una política socialista en Chile si no se imaginan estos modos ciudadanos a la vez que políticos de construir la justicia y disminuir la desigualdad.

Ya hace veinte años la generalización de la informática y la génesis de la economía en red cambiaron el paisaje y dinámicas de la producción e incidieron en transformaciones drásticas de la cultura y la política

Las teorías de la sociedad civil y de la justicia apuntalan la tesis de que es posible una crítica inmanente eficaz al modelo neoliberal de decisión de la política y la economía.

La convicción que la prédica contra el neoliberalismo, que la izquierda realiza con tesón e ingenio, puede hacer pedagogía

social y formar cultura progresista, pero es ineficaz en cuanto política concreta. Su problema es que, subordinada a una filosofía de la historia en que ya no cabe la complejidad del mundo global deja indemne la aparente racionalidad que la economía neoclásica da a los modelos neoliberales y favorece que el poder y la cultura de la derecha política perduren en la sociedad.

Una teoría rigurosa de la sociedad civil y de la justicia en la era de las redes informacionales debiera, al menos, desarrollar pensamiento para una política progresista que discuta sistemáticamente con el cálculo neoclásico cuando este se erige en decisiones públicas.

El punto es que el “fenómeno Bachelet”, como empieza a designarse el año 2005, denota una brecha entre política y sociedad que ya no puede ser explicada según análisis convencionales. Hay una idea germinal, la política ciudadana de responsabilidad compartida y construida por la gente, que sólo habría podido tener su intelectual orgánico en Norbert Lechner, y este no está. La irrupción de Bachelet en la política nacional parece señalar entonces la necesidad de un cambio drástico en el discurso, la

imaginación y el proyecto socialista, un modo de sociedad, Estado y economía que trae más innovación que conservación. Más allá, la exigencia de cambio que parece asediar ese proyecto, desde todos los horizontes, trae un signo de desigualdad de género hecho evidente cuando Michelle Bachelet es elegida presidenta de Chile.

5. Socialismo y política del trabajo en la era informacional

“¿Sería estupendo que los economistas logran que se les considerara como personas modestas y competentes como los odontólogos!” (John Maynard Keynes, Ensayos de persuasión²²).

Los economistas razonan de singular manera. Para ellos no hay más que dos clases de instituciones: unas artificiales y otras naturales [...] Al decir que las actuales relaciones –las de la producción burguesa– son naturales dan a entender que se trata precisamente de unas relaciones bajo las cuales se crea la riqueza y se desarrollan las fuerzas productivas de acuerdo con las leyes de la naturaleza. Por consiguiente estas relaciones [...] son leyes eternas que deben regir siempre la sociedad” (Carlos Marx: Miseria de la Filosofía)

Ya hace veinte años la generalización de la informática y la génesis de la economía en red cambiaron el paisaje y dinámicas de la producción e incidieron en transformaciones drásticas de la cultura y la política. Tras la caída del muro de Berlín y el auge de los discursos de la globalización, las afirmaciones sobre el fin del socialismo y el fin del trabajo se hicieron lugar común. El desplazamiento del trabajo humano por las tecnologías y su evolución irreversible a la forma “servicio”, producto se decía de la nueva economía y orden capitalistas, venía a sumar sus efectos críticos al término estrepitoso del socialismo real, en los países gobernados por partidos comunistas. El socialismo quedaba así sin su sustento social histórico privilegiado, los obreros organizados, y perdía la fuerza política que lo había transformado en alternativa cierta para la humanidad.

Surgía un mundo de pensamiento único, natural y no construido, sin conflicto, administrado por economistas competentes sin lastres de utopías. Este sueño de victoria del capitalismo parece suscitar hoy más interrogantes

²²Citado en Crespo R.: El pensamiento filosófico de Keynes. Descubrir la melodía. Eds. Internacionales universitarias, Madrid, 2005, pág. 54.

que certezas. Nuestra pretensión es discutirlo en la perspectiva de una crítica de la ideología que le dio apariencias de eternidad, con el objetivo de aportar, aún en nivel esquemático, a una redefinición del rol del trabajo en la teoría socialista, sobreviviente a pesar de todo.

La economía que sale de esa crisis pone en el centro de las cavilaciones de intelectuales y científicos sociales el llamado fin del trabajo. Un bello y documentado estudio de Martín Hopenhayn permitió en Chile acceder a los pormenores e hitos principales de la discusión y discernir sus raíces en las más respetables tradiciones del pensamiento occidental²³. Así pudimos sacar del ámbito especializado las especulaciones de John Rifkin, Dominique Meda o Alain Touraine y traerlas a un debate propiamente intelectual, esto es, de todos o de cualquiera y no sólo de especialistas. Pero desde el comienzo provocaron una cierta desazón los modos y contenidos de la polémica.

Algo no se ajustaba entre las tesis de una superación progresista de la sociedad del trabajo y la realidad del trabajo apreciable en nuestras sociedades. En esta línea, el intelectual más político y socialista en Chile pudo reconocer que los acercamientos a la socialdemocracia europea que estaba realizando entusiastamente el PS, junto con dar argumentos razonables para cuestionar los antiguos lazos del PS con el trabajo y los trabajadores, lo apartaba de una reflexión constructiva que todavía podía ser esencial a una política de cambio. Alfredo Joignant, por ejemplo, se apoya en el “extraordinario” aporte de Boltanski y Chiapello (que examinaremos acá) para alegar en favor de una reflexión más en profundidad:

“Exceptuando el caso de algunos autores que afirman un tanto livianamente que estaríamos asistiendo a un cambio civilizacional marcado por la desaparición del trabajo, existen otros autores –fundamentalmente sociólogos– que prefieren destacar las mutaciones del trabajo y sus consecuencias sociales a escala individual y

colectiva, a continuación de transformaciones profundas aún en curso del propio capitalismo y de cómo éste se reinventa²⁴”.

Algunos fuimos entonces forjando la opinión que la elaboración teórica emprendida por algunos autores utiliza el término trabajo de modo equívoco. Lo hace equivalente a empleo y, por lo tanto, impide su visibilidad en cuanto específica actividad en un proceso de producción acotado y también específico. Visto como “empleo”, el trabajo es materia de conocimiento macro, su calidad o propiedades quedan opacadas por el resplandor de las variables del mercado laboral y su incidencia en el equilibrio general de la economía.

Queda por cierto pendiente resolver, sin prejuicios ideológicos y con base en datos consistentes, si en sociedades como la chilena un horizonte “post industrial”, de sociedad en red o de la información, es más real que pura manipulación mediática política.

Incluso cuando esa visión tematiza la calidad del trabajo, distingue lo social como algo inherente a la sociedad en su conjunto antes que como una realidad acotada a una actividad directa, compartida por grupos o personas en plural. Así por ejemplo, siguiendo a clásicos y a pensadores de hoy, Hopenhayn se inquieta por las características conceptuales y empíricas del fenómeno de la alienación, por el cual el individuo que trabaja se impide o es impedido

por el sistema social de tener para sí el valor de su obra o utilizar en libertad y dotar de sentido a su actividad productiva. En este marco y con todos los matices de un análisis culto, la pregunta es sobre el tipo de sociedad (posible con trabajo alienado): ¿tenemos que seguir cargándole al trabajo el papel central en la integración social, en el desarrollo personal y en la producción de sentido para nuestras vidas? ¿es posible acaso liberar el trabajo mediante un cambio social profundo o una revolución tecnológica difundida²⁵?

Sin negar su pertinencia y aportes para la comprensión de la sociedad como totalidad, no es este el punto de vista que sugerimos acá sino otro en que la pregunta se invierte. Queda por cierto pendiente resolver, sin prejuicios ideológicos y con base en datos consistentes, si en sociedades como la chilena un horizonte “post industrial”, de sociedad en red o de la información, es más real que pura manipulación mediática política.

²³Hopenhayn M.: Repensar el trabajo. Historia, profusión y perspectivas de un concepto. Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, Argentina, 2001.

²⁴En: Martner Gonzalo y Alfredo Joignant: El socialismo y los tiempos de la historia. Diálogos exigentes. Prensa Latinoamericana – Fundación CESOC, 2003, pág. 65.

²⁵Hopenhayn M. (2001) op. cit.

Pero a nuestro modo de ver el punto de vista que permite encontrar caminos nuevos con sentido para el actor y no sólo para el sistema, no se sitúa ya desde la sociedad sino desde la acción, se interroga por los cambios en esta que posibilitan u obstaculizan los cambios en la sociedad y no a la inversa.

Una convocatoria para la elaboración científica en este campo surge del discurso sobre trabajo decente que la OIT impulsa desde hace algunos años. Puestas entre paréntesis las objeciones políticas que un organismo internacional suscita, el énfasis ético, la idea que trabajo decente es el que se realiza en condiciones de libertad, equidad, seguridad y dignidad humana²⁶, puede favorecer enfoques teóricos y, más adelante, técnicos y prácticos, de un tipo adecuado a una opción progresista. Importa asumir que por su origen institucional tal noción viene preservada de cualquier derrotero utópico y su impulso tendrá efectos concretos.

En los inicios del siglo XXI la política progresista no puede limitarse a un mejoramiento de la calidad institucional de la democracia, aunque este sea fundamental para una cultura no atada a la revolución neoconservadora surgida en los 80. Sin anclajes en la economía y el trabajo, Julio Godio ve una política progresista sin raíces, que deambula patéticamente como arte sin sustancia, como política de salones y acción parlamentaria de partidos de opinión, subsidiarios de la economía neoliberal y acoplados a los medios de comunicación y grupos económicos²⁷.

Si quiere superar esta política sin sustancia, el socialismo tiene que reconstruir sus lazos con el trabajo real. Para las organizaciones de trabajadores las prevenciones ante el avance neoliberal son, como es de esperar, múltiples y aún más enfáticas.

Así, para la dirección de la CUT, la modernización de la cual la política actual pretende convencerles tiene un fuerte componente antisindical y una tendencia a la

eliminación de derechos económicos, sociales y culturales de la que Chile es el ejemplo más concreto²⁸

Y a veces –raramente– los dirigentes del PS exponen y hablan del trabajo en sus facetas más esenciales, aunque enfocado desde una óptica que los limita a los derechos del trabajador o a las políticas públicas que pueden preservarlos. Una óptica básicamente legalista. Es el caso de Osvaldo Andrade, quien al asumir como Ministro de Trabajo de Michelle Bachelet, expresaba a la CUT:

“Hay un compromiso para que el progreso del país, tiene que llegar a la gente. El mandato de la Presidenta tendrá el sello de la protección social. El empleo no debe ser una mercadería que se transa en el mercado, sino que es una actividad consubstancial a la dignidad del ser humano, y en consecuencia debe tener un conjunto de garantías”²⁹”.

¿La idea de “trabajo” del ministro socialista alcanza dimensiones de la actividad productiva más allá de las jurídicas o morales? Puede presuponerse que el discurso no pretende desconocer la regulación del empleo por el balance entre oferta y demanda, la economía de mercado es una clave de la modernización capitalista. Lo que sugiere más bien, por su mención a los deberes implicados en la protección social, es una idea del trabajo como factor de integración social. Es decir, el dilema entre mercancía y dignidad puesto por el discurso del Ministro es traducible, en el lenguaje de la ciencia social, a uno entre “sociedad de mercado” y “sociedad de trabajo”, como plantea la cuestión Julio Godio³⁰. Lo que éste llama el paradigma sociedad del trabajo tiene dos características: una visión del desarrollo que pretende la organización de los mercados laborales según principios que antes que técnico económicos son de política pública (territorial, social, generacional) y una fuerza y objetivo sociopolítico, que opera a nivel global en el sentido de superar el dominio del capital sobre la sociedad postindustrial y de la información.

²⁶ Cfr. Espinoza Malva: “Trabajo decente y protección social”. Documento de Trabajo para proyecto de formación de líderes sindicales emprendido por la CUT, Santiago de Chile, 2002.

²⁷ Godio J.: Sociología del trabajo y política. Atuel, Buenos Aires, Argentina, 2001. Godio propone un cambio profundo en la relación del sindicato con la sociedad civil, que llama sindicalismo “socio-político”.

²⁸ Zambrano J. C.: “Trabajo y sindicalismo en los nuevos tiempos”. Documento de Trabajo para el Presidente de la CUT, Santiago de Chile, 2002.

²⁹ Diario La Nación, Santiago, 14 de marzo de 2006.

³⁰ Godio J.: “El paradigma de la “sociedad del trabajo””. En Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social: Revista de Trabajo. Nueva Época, N°. 1, Eds. Biblos, Buenos Aires, 2005, págs. 117 y ss.

¿Hay condiciones para pensar más allá de una “visión” –y en qué niveles de la realidad- esta fuerza y objetivo sociopolítico que darían realidad a una “sociedad del trabajo”? La respuesta es dudosa. Los empeños políticos por corregir el dominio del capital sobre la sociedad de la información, como imagina Godio, han sido traducidos siempre, en un país como Chile, al código y lenguaje jurídico de la protección, por lo demás indispensable para el desarrollo democrático del país, de derechos civiles, de organización y de negociación.

De este modo, la modernización laboral termina en leyes o normas administrativas y el sujeto individual o colectivo del trabajo se ve en la obligación de renovar, una vez más, su pugna por obtener mejoras técnicas y éticas en la calidad (crecientemente compleja) de la vida de la producción.

El sesgo de todo código legalista deja fuera de análisis el valor agregado de la cultura no institucionalizada del trabajador, su saber e influencia constructiva sobre las interacciones, competitividad y productividad, del trabajo real. Por eso, la viabilidad de la tesis de sociedad del trabajo presupone, en suma, la solución de un conjunto de problemas teóricos y políticos completamente nuevos para las relaciones entre ciudadanía y economía (algunos de los cuáles examinamos acá y en el cap. 3):

“La sociedad del trabajo no es una utopía. Es una construcción social que recobra la centralidad igualitaria y humanista del trabajo. Constituye una categoría política, porque es en sus articulaciones donde puede asentarse la democracia motivando a participar a los ciudadanos y ciudadanas –según intereses sociales diferenciados y mundos ideológicos plurales- en las instituciones políticas de la democracia³¹”.

La investigación y la experiencia conocidas sugieren que las estructuras técnicas y organizativas del capitalismo globalizado cuestionan hasta la raíz la teoría y la práctica histórica socialistas que, entre otras renovaciones, se ven obligadas a renovar a fondo sus nexos con el trabajo real.

No es casual que en el Chile en los años 90, marcado por una poderosa visión política de consensos entre izquierda y derecha, la ideología empresarial de la gestión participativa adquiriera un auge inusitado. A pesar de que,

³¹Id. pág. 132.

como plausiblemente sostienen los investigadores de CUT citados antes, la realidad de dirección de las empresas es a menudo autoritaria y antisindical. Para una sociología cercana a la Concertación gobernante, las exigencias de competitividad y de apertura internacional presionan a favor de una perspectiva de “empresa moderna” contra otra “autoritaria”, “que base su competitividad en una mano de obra barata³². La sociología registra y apunta entonces una línea de desarrollo gerencial que proclama el respeto mutuo entre empresa y sindicato, y postula la “alianza estratégica” entre ambos. De amplia aceptación por el mercado de la consultoría de negocios, la alianza estratégica resolverá constructivamente, se dice, las inevitables contradicciones de la relación laboral:

“La alianza estratégica establece una nueva relación empresa-trabajadores, transformando la empresa en una tarea común, en una tarea compartida, concibiendo a los trabajadores como «agentes del cambio». Constituye esta alianza un «proyecto institucional compartido», un nuevo estilo de relación entre la administración y la organización sindical [que] busca perseguir en forma conjunta los objetivos estratégicos de la empresa, propiciando diversos sistemas de participación, comunicación e información, trabajo en equipo, participación de resultados³³”.

6. Las dudas sobre la democratización del trabajo

En torno al rol del sindicato en ese tipo de alianza, el mismo estudio sugiere una “conciencia crítica” frente a posibles ambigüedades empresariales en el despido de trabajadores, el reparto de utilidades, a veces prometido, o el doble estándar en materia de respeto a la organización sindical³⁴. Pero las seducciones de la sociología optimista a la chilena no bastan para explicar la desestabilización de las ideas socialistas sobre el trabajo. Se requieren aclaraciones adicionales. La primera concierne a la relación entre democracia y trabajo o, más precisamente, a la cuestión de si hay entre ambas esferas una relación política, por la cual el trabajo sólo es democrático por los préstamos que le otorga la democracia. Una publicación que ya en 1987 reúne investigaciones europeas sobre el incierto futuro del trabajo ante la revolución informática

³²Friás P. “Desafíos de modernización de las relaciones laborales. Hacia una nueva cultura y concertación empresarial”. LOM Ediciones, Santiago, 2001, pág. 79.

³³Id. pág. 94.

³⁴Id. pág. 366.

y organizacional, nos permitirá un análisis, matizado, de lo que se anunciaba entonces como crisis terminal.

Al examinar las relaciones entre democracia y calidad del trabajo allí, el investigador italiano, Luciano Gallino, recuerda que la existencia de nexos entre democracia externa a las empresas, calidad del trabajo y democracia interna a aquellas, es frecuentemente ignorado por los analistas. Se pone de manifiesto la influencia de la primera sobre la tercera, decía, mientras que la calidad del trabajo resulta siempre el elemento excluido. La duda no resuelta estribaba en si para democratizar el trabajo bastaba con darle las formas de la democracia política:

“La duda estriba en si, para continuar incrementando la tasa de democracia interna en las organizaciones —o ante los posibles usos autoritarios de la informática, para impedir una regresión— bastará con insistir en abrir estas últimas a los mecanismos de expresión del consenso reconocidos desde hace decenios fuera de ellas.”³⁵

La duda sobre eventuales compatibilidades de ciudadanía y trabajo mercantil se profundiza si se toma en cuenta que la idea de democracia, ya en ese tiempo, muestra síntomas de una fatiga que debilita la posibilidad de irradiación hacia esferas no políticas de la actividad social, como el trabajo. Reforzada por una ideología que identifica progreso y economía, no se veía como puede democratizar la actividad productiva una teoría elitista de la democracia, para la cual la delegación del poder ciudadano en representantes es no sólo consustancial al Estado moderno sino, además, inherente al gobierno eficaz de la sociedad.

El elitismo democrático sostiene, prejuiciosamente, que la masa ciudadana no posee la competencia, ni la información ni el horizonte político necesarios para decisiones complejas que afectan la colectividad. Pero el problema es que la posibilidad de un progreso democrático exportado desde las elites hacia la gente es doblemente dudosa, agregará Gallino, si a los mencionados problemas de irradiación de la idea de democracia se agregan las dificultades estructurales existentes en la sociedad para inducir, desde abajo, la acción correcta de parte de las elites:

“los sistemas democráticos se degradan paulatinamente con la difusión capilar del

³⁵Gallino L. : “Informática, trabajo, inteligencia y democracia”. En: Castillo, J. J. (comp.): La automatización y el futuro del trabajo. Tecnologías, organización y condiciones de trabajo, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, España, 1988.

convencimiento de que el individuo, por sí solo o unido a otros, no tiene ninguna posibilidad de participar en las decisiones colectivas que le afectan y ni siquiera logra comunicar esta sensación a la elite de burócratas y políticos profesionales que detentan casi la totalidad del poder político, afligidos como extraños bienintencionados por su impermeabilidad a los movimientos de fondo de la sociedad civil.”³⁶

La conclusión es que, al revés de lo que postularía la ciencia política convencional, una determinada calidad del trabajo, desorganización, tecnología y movilización del saber, puede irradiar, en sentido inverso, inputs de democracia y progreso social hacia el sistema político. Pero esta conclusión sugiere todavía un desarrollo mayor. La pregunta es ¿de qué modo político podemos analizar y realizar el trabajo para que esas calidades organizativas, tecnológicas y de saber adquieran evidencias de sus dimensiones democráticas de ciudadanía? Una primera aproximación se dirige a Hannah Arendt para quien existe política y poder sólo donde los hombres y mujeres actúan autónomamente entre sí de modo público y con miras a una cooperación. Esta autora, en su obra más estudiada y apropiada hoy por quienes quieren entrar en procesos de ciudadanía, propone un diseño de tres dimensiones para el trabajo: labor, fabricación y acción³⁷.

El elitismo democrático sostiene, prejuiciosamente, que la masa ciudadana no posee la competencia, ni la información ni el horizonte político necesarios para decisiones complejas que afectan la colectividad.

Un diseño inspirado en este abordaje teórico entiende que la labor incluye todos los quehaceres destinados directa y técnicamente a la preservación de la vida humana en los procesos. En la empresa incluiría las actividades de seguridad industrial, de

³⁶Id

³⁷Ver: Arendt H.: La condición humana. Paidós. Buenos Aires. 1993.

atención física y psicológica de las personas y las que intervienen sobre los aspectos materiales del puesto de trabajo. La fabricación (Arendt también le llama “trabajo”) está integrada por actividades destinadas a producir bienes y herramientas no para la vida de las personas sino para asegurar la existencia física y tecnológica del proceso de producción. En la empresa incluye actividades de producción de bienes e instrumentos que se usan en el trabajo, actividades tecnológicas y de mantenimiento. Por último, la acción es el campo de actividad de los sujetos entre sí, la intersubjetividad comunicativa destinada a la comprensión y a la adopción de decisiones que gobiernan los procesos. La acción es el campo del autogobierno. En la empresa incluiría todas las formas de gestión profesional, aquella que resuelve problemas imprevistos del proceso productivo en interacciones guiadas por la búsqueda del entendimiento. Según Arendt, podemos decir que el espacio público en que las personas y grupos se conocen y discuten, acuerdan o desacuerdan con argumentos legítimos, tendrá mayores extensiones y profundidades según que el proceso concreto en cuestión incluya menos actividades de labor y más de acción. A la inversa, las actividades de control normativo serán más densas y disciplinantes en la labor que en la acción, aunque desde el punto de vista de la teoría queda así planteada la pregunta ¿qué es seguir una norma? ¿es simplemente producto de un efecto de subordinación? (pregunta de la cual trataremos con más detalle en el cap. 3).

Como vemos, el pensamiento de Arendt sobre la “condición humana” (el “mundo”) proporciona señales valiosas para comprender la potencialidad democrática del proceso de producción y evaluar sus dimensiones desde abajo del proceso, en las cuales se expresaría la ciudadanía productiva si ganara en comunicación empresarial o desde arriba, donde lo haría la elite emprendedora y organizadora si disminuyera control disciplinario.

Hay argumentos de consideración entonces para que una comprensión renovada del socialismo sobre el trabajo pueda mirar las evoluciones tecnológicas y organizacionales de la producción de los últimos años con una métrica de sus potenciales de ciudadanía y democracia.

7. El nuevo sujeto del trabajo humano

Para una perspectiva democrática, la referencia al trabajo fue siempre, en primer lugar, a su carácter colectivo. De las

múltiples dimensiones socialmente significativas del cambio económico, interesan entonces aquellas susceptibles de inducir cambios sustantivos en la constitución del actor colectivo. Respecto de tres de esas dimensiones de la producción tecnologizada de hoy llamaremos la atención: a) la flexibilidad y el conflicto industrial; b) el “acceso” y las nuevas formas de explotación; y c) la identidad y autonomía del trabajador sometido a normas de competitividad. En su apoyo, nuestro análisis cuenta con la ayuda del estudio europeo mencionado, cuyas aseveraciones más sugerentes la investigación posterior no ha modificado respecto de su validez como tendencias estructurales.

a) La flexibilidad y el conflicto laboral

“La lógica de la información tiende a la reducción de la complejidad. Pretende apropiarse de la realidad mediante la estandarización, la clasificación y el almacenamiento de datos. En oposición podríamos hablar de la política, en tanto producción de complejidad social [...] Mientras que el interés de la informática apunta al control sobre la realidad, el interés de la política persigue el despliegue de esa realidad. Ambos intereses conviven y se entrecruzan en la práctica social” (Norbert Lechner: “Información y política dos formas de comunicación”³⁸).

Destaca una abundante investigación científica empírica que la economía actual cambia drásticamente las condiciones técnicas y hace más complejas las formas de poder del proceso de producción. El uso sin límites de la tecnología informática ha favorecido estos años una poderosa ideología cuyo *leitmotiv* es la flexibilidad productiva.

Como toda ideología económica razonable esta encuentra bases en verdades de la producción. Su idea es que necesidades crecientemente personalizadas y mudables, unidas a recurrentes restricciones en la demanda, crean en las empresas la necesidad de una estructura productiva capaz de enfrentar los vaivenes del mercado a costos diferenciales mínimos. La competencia entre las empresas sería así el motor que empuja la flexibilización de los ciclos y sistemas de producción o de la organización del trabajo humano directo. La flexibilidad es para esta visión una necesidad técnica,

³⁸ Lechner, N. (1984) Op. cit. pág. 128 (las cursivas son de Lechner).

científicamente determinada, de la producción contemporánea. Más aún, sería intrínseco al espíritu normativo del capitalismo contemporáneo una justificación cuasi moral, ética, cuyo estándar del bien y el valor es el proyecto pensado y realizado en red. Todo está bien pensado y proyectado si lo es desde conexiones y comunicaciones, norma de acción, a su vez, sólo reconocible por la flexibilidad de sujetos y estructuras:

“En un mundo conexionista, las personas son impelidas a desplazarse, a forjar por sí mismas los contactos que emplean en su trabajo, que por definición no pueden hallarse preestablecidos, y a desconfiar de toda estructura y de todo puesto predefinido que les haga correr el riesgo de encerrarlas en un universo demasiado conocido. Su flexibilidad, su capacidad para adaptarse y para aprender sin descanso se convierten en sus mayores cualidades, más importantes que sus conocimientos técnicos (los saberes cambian muy rápido) y su experiencia. Por lo tanto, los elementos de la personalidad, las cualidades de comunicación, de escucha y de apertura a las diferencias son más importantes que la eficacia medida por la capacidad de alcanzar objetos predefinidos³⁹”.

Sin embargo, lejos de toda pretensión ética o productivista una versión degradada del fenómeno suele designarse como flexibilidad laboral, simple desregulación de la protección del trabajo que constituyó la vertiente clásica del derecho laboral.

Esta flexibilidad, según una abrumadora experiencia comparada, no tiene mayor vinculación con esquemas de la transformación organizacional productiva a que está sometido el mundo de la modernidad. Por invocar este tipo de propuestas, en un país como Chile, el discurso empresario de flexibilidad, es difícil que tenga más sustento que la fuerza ideológica y política de sus impulsores.

Pero el problema de una visión técnica de la flexibilidad no es tanto su error cuanto su unilateralidad, sostiene Lorenzo Cillario. La atención unilateral dedicada al concepto técnico de flexibilidad y a las determinaciones de mercado hace desaparecer, como si no tuviera importancia, la dinámica del trabajo humano,

y anula el carácter central de la relación entre capital y fuerza de trabajo⁴⁰. Enfocada en las relaciones sociales de capital y trabajo, esta crítica parte del supuesto empíricamente sostenible que, en la producción informatizada, el flujo material y físico que la compone va separado del flujo de información que la dirige. Entonces, si este supuesto es razonable, lo que está ocurriendo con las transformaciones en curso no es una superación de los sistemas rígidos, como alegaría un discurso convencional de flexibilidad, sino un desplazamiento de la (antigua) rigidez de los elementos físico materiales de la producción de bienes a la (nueva) rigidez de los elementos informativo intelectuales. Rigidez que se oculta tras normas, códigos y prescripciones lógicas (las de la informática) y no en modalidades operativas como ocurría en el pasado. La conclusión de Cillario es sugerente. En cuanto encarna una nueva rigidez, es lógicamente inaceptable sostener que la flexibilidad obedece a la necesidad de adecuarse a la imprevisibilidad de los mercados. Esta necesidad es una condición extrínseca a la producción, que en realidad sólo vale como explicación de apariencia técnica para justificar la dominación y el control de las nuevas capas de trabajadores (empleados, técnicos, expertos, profesionales) que se hacen presente en contextos de modernización.

Las empresas en red, de que nos habla la sociología contemporánea, sólo son flexibles en la medida en que lo es el uso de las tecnologías de información que son su factor esencial de productividad y estas flexibilidades parecen depender de flujos de poder particularmente resistentes a cualquier impulso externo a ellos mismos. En la red, no tiene sentido práctico hablar de flexibilidad, su economía no requiere ni las razones ni los argumentos habituales de flexibilidad en la acción humana. Impera en ella una indiferencia de la información y opera con ella una violencia comunicacional de acción inmediata sobre aquel que es “informado”, la carencia de tiempo elimina el discurso:

“Por un lado, en ella hay producción, consistente en trabajo con un uso intensivo del diseño y la información, así como fuerzas informales de producción y productos digitales. Por otro, de

³⁹Boltanski L. y Chiapello E. (2002), Op. cit. págs. 199-200.

⁴⁰Cillario L.: “El engaño de la flexibilidad. Elementos para una crítica de la ideología de la automatización flexible”. En: Castillo J.J., 1988, op. cit.

bienes informacionales. Ahora, la producción más extremadamente racional puede llevar a la circulación y distribución más irracionales. En este contexto es lícito hablar de una «sociedad des-informada de la información». La contradicción radica en que así como la sociedad de la información conduce a un «espabilamiento» creciente, al mismo tiempo acarrea cierta «estupidización» inevitable. Estos bienes informales son tipos particulares de bienes culturales. A diferencia de la narración, la información comprime el comienzo, el medio y el final en la inmediatez presente de un «ahora aquí». A diferencia del discurso, no necesita argumentos legitimadores ni adopta la forma de enunciados proposicionales, sino que trabaja con una violencia comunicacional inmediata⁴¹.

Pero más allá de las inferencias “revolucionarias” extraíbles del análisis, interesa subrayar por su inmediata consecuencia para las teorías y prácticas involucradas, una conclusión clave: con la producción informatizada ha adquirido relevancia inédita una forma de valoración cognoscitiva de la economía. Es decir, como asegura Cillario, el valor económico fundamental a acumular, disputar o acordar, tiende a ser ahora información, saber, competencia comunicativa lingüística, sentido de la intervención del actor, pensamiento humano. Y la pugna por apropiarse de este valor cosifica la cultura y el saber que modelan el esfuerzo productivo, despojándolos de su carácter de experiencia viva, no mensurable ni acumulable.

Si a la manera del “materialismo histórico” aceptamos que la dinámica esencial del capitalismo es la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el cerrojo impuesto por instituciones políticas autoritarias o que, a la manera de su reconstrucción, esa contradicción es hoy entre progreso del mundo de la vida cotidiana y orden tecnificado del sistema social, entonces lo que está ocurriendo es que el trabajo y, más allá, la política, son colonizadas por la tecnología. El campo de la “objetividad” técnica invade el de la subjetividad de las personas, con el consiguiente déficit de democracia, pérdida de calidad representativa en esta y carencias de un futuro

⁴¹Lash S. (2005), op. cit., págs. 15-16.

⁴²Lechner, N.: “Tres formas de coordinación social. Un esquema”. Ponencia en coloquio del CENDES, Caracas, Venezuela, 9 al 11 de octubre de 1996.

compartido, como ha destacado Norbert Lechner⁴². Las muestras empíricas de este hecho en los entornos de la producción son múltiples. En una investigación en empresas tecnológicamente avanzadas en Argentina relevábamos hace unos años el fenómeno siguiente:

“la existencia de un pensamiento gerencial «heterodoxo» que busca movilizar y racionalizar, sistemáticamente, la subjetividad del trabajador con miras al desempeño de la empresa. Dicho de otro modo, es la búsqueda de sincronía entre la estructura de la personalidad del individuo y la estructura de la productividad de la organización»⁴³.”

Entre los repliegues y extensiones de la sociedad de la información, el actor no puede sino dar prioridad a la creación de cultura y sentidos nuevos en su mundo de la vida y del trabajo y en las interacciones comunicativas que dan a éste su consistencia. Al modo de Cillario, un sindicalismo socio político enfáticamente crítico:

“reforzará el enfoque político, la representación de los intereses de las nuevas capas sociales, del sector terciario, del trabajo técnico administrativo, de los «intelectuales», que tan difíciles de absorber resultan al movimiento obrero [...] recuperará una iniciativa social capaz de fundamentar «la crítica de la economía política» y de reducir la hegemonía cultural de la «política económica e industrial»⁴⁴.”

La cuestión es que las dificultades cognitivas y prácticas para realizar esa crítica de la economía política contemporánea son evidentes y no sólo por el efecto moderador de una sociología optimista que entrevé en las organizaciones de hoy un clima y relaciones laborales menos conflictivos que en el pasado. Como lo hace Patricio Frías para la situación empresarial chilena en un estudio citado⁴⁵. En la ciudad por proyectos, como designan Boltanski y Chiapello a la idea de bien común que impera en el mundo en red, la moral del trabajo deja de referirse a la vocación profesional para hacerlo a la valorización de la actividad, sin que la actividad profesional, incluso lúdica, pueda ser diferenciada de la actividad profesional. Hacer

⁴³Rojas E., Catalano Ana M. et alii: La educación desestabilizada por la competitividad. Las demandas del mundo del trabajo al sistema educativo. Ministerio de Cultura y Educación de la Nación, Buenos Aires, Argentina, 1997.

⁴⁴Cillario L. (1988) op. cit. pág. 371.

⁴⁵Frías P. (2002) op. cit.

algo, moverse o cambiar, comunicarse, está valorizado en contraste con la inmovilidad⁴⁶. En ese contexto ideal y en las condiciones exitosas del capitalismo actual, la crítica no ha sabido analizar la transformación en curso más allá de la llamada de atención sobre las nuevas formas de sufrimiento social.

b) La exclusión del “acceso”: nueva forma de explotación

“En la base de los criterios de concepción que inspiran los enfoques y puesta a punto de nuevas máquinas y sistemas, hay una ideología, dominante en la ingeniería, que juzga intrínsecamente «poco científica» la participación del hombre en la producción. Esta manera de ver está tan extendida que es, a menudo, aplicada en silencio. Pues bien, ella contribuye a empujar el desarrollo tecnológico hacia la eliminación del factor humano” (Harley Shaiken⁴⁷).

Observaciones antiguas, ya más de veinte años de Patricio Bianchi, investigador vinculado en ese tiempo a los sindicatos metalúrgicos italianos, particularmente doctos en la materia, nos permitirán introducir con ahorro de análisis los fenómenos que desencadenó la producción informatizada en el acceso a la información y saber necesarios para la acción colectiva en el trabajo.

Con base en la premisa técnica, recordada más arriba, sobre el rol estratégico dominante del flujo informativo sobre el flujo físico de mercancías, se extraen tres tesis claves: la primera, se refiere a una desestructuración de las formas clásicas de aprendizaje en el proceso de producción; la segunda, al surgimiento de barreras específicas para el acceso a la información por el sindicato y, la tercera, al surgimiento de nuevas formas y contenidos de la relación entre calidad del trabajo y acción sindical.

La primera tesis, es que, el salto de la tecnología electromecánica a la tecnología informática rompió en industrias y servicios la curva de aprendizaje de la producción que los trabajadores habían construido en las décadas precedentes. Es decir, interrumpió la acumulación de conocimientos, de competencias de aprender, de

⁴⁶Boltanski y Chiapello (2002) op. cit. pág. 236.

⁴⁷Shaiken H.: Le travail à l'envers Automation et main-d'oeuvre à l'âge des ordinateurs. Flammarion, Francia, 1986, pág. 78. Destacado investigador estadounidense de las relaciones tecnología trabajo, Shaiken tiene lazos personales con Chile y con dirigentes del PS.

movilizar saber y de capacidades de manejo del proceso productivo que formaron la acción colectiva en el trabajo y permitieron la existencia de sindicatos.

La rapidez y capacidad de difusión del proceso de innovaciones y su carácter exógeno, dado por el hecho que no surge de la experiencia de producción sino de la universidad, los laboratorios y los armados institucionales llamados de investigación y desarrollo (i + d), torna aún más desestructurante tal ruptura para el sindicato (y para la empresa). Los actores del conflicto laboral sienten y experimentan dramáticamente el impacto informático sobre sus tradiciones y señales de identidad.

La segunda tesis se refiere a las barreras de acceso a la información aportadas por los nuevos sistemas. Sostiene que, antiguamente, el trabajador colectivo disponía de un instrumento excepcional de información y control: por observación directa, siempre tenía claro, qué equipamientos eran obsoletos, cuántos tipos de operación había o eran factibles, cuáles eran los ritmos de acumulación de ganancias o pérdidas. Con la producción cada vez más automatizada le ha surgido una barrera de acceso estructural a esa información, no puede ya situarse ante la línea de producción y conocer el estado y posibilidades de la empresa. Tiene entonces la necesidad de realizar dos operaciones genéticas: por una parte, reconstruir los flujos de producción que circulan por el mundo y, por otra, impulsar en el trabajador una profesionalidad, un tipo de saber hacer en que esa reconstrucción colectiva de la información sea eje fundamental (y no sólo, como lo era antes, el “conocimiento” transmitido desde afuera). El sindicato así está llamado a estimular capacidades de saber aprender en el propio trabajo, de polivalencia y de comunicación efectiva del trabajador con sus pares y jefatura. Pero más en el fondo, sostendrá Julio Godio tomando investigaciones de Pierre Bourdieu y Loïc Wacquant, la exclusión de ese acceso calificado obstaculiza al trabajador la posibilidad de ser ciudadano:

“El «acceso», hasta hace algunas décadas un verbo de acción limitada, ahora es un verbo usado cotidianamente como articulador de los hombres con la nueva economía: pronto se transformará en la cualidad dominante de “nuevos ciudadanos” que dotarán de sus intereses al mismo concepto de democracia⁴⁸.”

La tercera tesis sostiene que la transformación productiva en desarrollo, por ejemplo, en países en tren

⁴⁸Godio J. 2001, op. cit.

de modernización como Chile, cambia la relación entre el saber productivo, operante en el área de producción representada por el sindicato, y el saber práctico que los dirigentes aplican en su acción. Ese saber productivo profesional ha estado presente, potencial o realmente, en la constitución de los sindicatos desde que existen, pero el predominio de lógicas estatales en las relaciones laborales de las últimas décadas fue progresivamente transformándolo en un saber político. Los dirigentes sindicales eran así más expertos en entenderse con ministros, parlamentarios o dirigentes de partido que con gerentes y trabajadores de las empresas. O cuando se entendían con estos recurrían a las formas y saberes adquiridos en su relación con la política. El problema es que, en contextos de economía competitiva y en que la información es sustento funcional de la sociedad, este desfase entre saber político y saber productivo es hoy más grave que antes. Recuperar la primacía del saber profesional supone un cambio en la cultura de los sindicatos de la mayor complejidad. En palabras de Bruno Trentin, ex guerrillero de la resistencia italiana en la segunda guerra mundial, doctor en economía y secretario general en los años 80 de la Central de Trabajadores (CGIL) de Italia:

“Existe el riesgo de una marginación cultural del cuadro sindical frente a las nuevas tecnologías. El día en que un representante sindical no esté ya en condiciones de comprender el trabajo de aquellos a quienes representa, es decir, de ser fuerza hegemónica capaz de competir culturalmente con sus interlocutores, se convertirá en un intermediario, en un mediador, que habla de cualquier cosa”⁴⁹.

Pero avanzadas las transformaciones informáticas y comunicacionales de la economía y de las empresas, el análisis reconocerá como a través del intercambio de información valorizable se constituyen hoy las modernas configuraciones de la economía en red. Y sólo con el desarrollo de competencias específicas para ese intercambio el cuadro sindical o cualquier otro actor puede superar el rol mediatizado y opaco a que le condena su ignorancia o sus carencias de una cultura tecnológica solvente. Sostienen Boltanski y Chiapello, que la red genera formas idiosincrásicas de explotación, cuya característica es que el explotado es aquel impedido de realizar intercambios y ganar “movilidad” en las decisiones y gestión de recursos escasos. La transmisión de información es esencial para las relaciones en que el valor agregado está compuesto por conocimientos. Y en estos casos, sin saber con exactitud lo que busca, el

innovador o quien quiere aprender se encuentra frente a un corpus de textos, artículos, obras, patentes a menudo alejado de sus propias competencias, en que la selección de la información pertinente para una recombinación exige conocimientos y, más exactamente, un sentido de la orientación que no se adquiere más que a través de la experiencia acumulada⁵⁰. La búsqueda de eficiencia técnica en red no puede hacerse en contra del valor agregado por relaciones comunicativas de confianza:

“La información transmitida en una relación personal con alguien de confianza posibilita un ahorro considerable de tiempo y de esfuerzos [...] en la conversación, la información se transmite con las determinaciones o, por analogía con la música, con las armonías que le confieren un sentido [...] más precisamente en nuestro caso, que la orienta en el sentido de lo esperado y de los intereses de aquel que la recibe y que, sin este formateado, no sería capaz de «intuir» aquello en lo que podría serle útil”⁵¹.

Sin embargo, los procesos sistémicos de la producción en red, lejos de ser ciegos, no reservan las mismas oportunidades para las personas y los grupos convocados sistemáticamente a adaptarse o desaparecer. Imponen una mentalidad empresarial que tras sustituir el contrato laboral por uno comercial con prestador de un “servicio” (por ej. el formato de “subcontratación”) permite y busca desembarazarse de las constricciones del derecho laboral y de las normas tradicionales de protección del trabajador.

Como ocurre en Chile el último tiempo, la subcontratación de ciertas fases y operaciones del proceso productivo tiene un aura indiscutible de eficiencia para la imaginería empresarial y los políticos conservadores. El problema es que, generalizadas como son por las economías de red, las experiencias de subcontratación se erigen en arquetipo de las nuevas formas de explotación que surgen en la producción contemporánea. Lo cual impone una discusión rigurosa sobre sus fundamentos teóricos y empíricos reales.

La investigación muestra entonces que al excluir del acceso a los nodos del encadenamiento productivo matriz a grupos de trabajo y procesos importantes, por medios relacionales informacionales, les imponen una inmovilidad y desvinculación que no pueden resolver

⁴⁹Entrevista en Rev. Leviatán N°. 35, Madrid, 1989.

⁵⁰Boltanski y Chiapello (2002), op. cit., pág. 192.

⁵¹Id.

sin una crítica enérgica y que son origen de beneficios acrecentados para quienes operan desde tales nodos. Si se quiere reducir la explotación conexas, dicen los investigadores franceses citados antes, habrá que hacer un esfuerzo inédito para medir e inventariar, siempre al día, el censo de actores y sus contribuciones al producto de la red; establecer modos de remuneración que preserven la empleabilidad del trabajador, valúen su balance de competencias transportables y establezcan contratos de actividad (diferenciada entre diversas empresas o contratantes) antes que contratos de trabajo prefijado, como lo fueron siempre. Una regulación de la justicia no sólo en el ámbito de cada nodo sino en el conjunto de la red. Habrá que regular una igualdad de oportunidades de movilidad que compense las dificultades de reinserción de personas y grupos, no atribuibles a las opciones que adopten. Remover obstáculos a la inserción productiva atribuibles a carencias de acceso a recursos y decisiones claves, no resolubles sin una crítica política fundada⁵².

Remover
obstáculos a la
inserción productiva
atribuibles a
carencias de
acceso a recursos
y decisiones claves,
no resolubles sin
una crítica política
fundada

Hay un mundo a abrir entonces para la acción sindical que va desde la propia experiencia en el sector de actividad al establecimiento sistemático de relaciones de confianza y crítica que caracteriza a la economía en red. Un mundo en que la capacidad de anudar relaciones es fuente de beneficios debiera permitir identificar la carencia de estos. De lo contrario “la felicidad de los ricos permanecería en el misterio” (como decía Marx a propósito de la valorización del capital) recuerdan los investigadores franceses citados:

“en un mundo conexas la contribución específica de los pequeños al enriquecimiento y origen de su explotación por parte de los grandes residen precisamente en lo que constituye su debilidad en este marco, es decir, en su inmovilidad”⁵³.

La conclusión es que, sin una fuerte intervención crítica sobre los procesos de la economía en red, que discuta

desde las lógicas de ésta sus desempeños de valor agregado y las pérdidas que causa a quienes impide movilidad y acceso, sin esta crítica, la precariedad, las desigualdades y la desconfianza generalizada (interpretada a menudo como “individualismo”) pueden seguir multiplicándose⁵⁴.

c) Identidad y autonomía obrera sujetas a competitividad

Desde la óptica de la acción colectiva, la cuestión que suscita la aplicación de nuevas formas de organización del trabajo y de gestión empresarial, es lo que Benjamín Coriat llama, el “*principio de ostracismo*”: la importancia y eficacia que reviste la presión colectiva ejercida por un grupo sobre todo elemento de ese grupo que tienda a separarse de los objetivos que le son asignados o comúnmente asumidos por él⁵⁵. Se trata de una técnica de control social aplicada a las formas de racionalización que operan por la vía de descentralizar y transferir poder a los niveles inferiores de ejecución en las empresas. Una especie de exigencia de autonomía responsable del trabajador que es particularmente económica porque ahorra inversión en tareas y sistemas de control físico, de medida y evaluación del trabajo, como porque imprime un compromiso con el desempeño que mejora, habitualmente, la productividad de los factores de producción.

El discurso ideológico que recubre esta racionalización descansa en una mutación del trabajador en “cliente”, habitual en programas de calidad total o similares, que comporta una transformación crucial del sujeto del trabajo. Sutilmente los trabajadores dejan de ser identificados en tanto tales y empiezan a serlo como “*personas*”, “*gente*” o “*clientes*”.

En la empresa cada trabajador es cliente de otro, es decir, lo interpela (como en cualquier intercambio mercantil) respecto del volumen, calidad, oportunidad y precio de un bien que puede ser detección de fallas, de demoras, de costos o de desperdicios. En consecuencia, se introduce en el proceso de trabajo la competencia empresarial o el juego de intereses y las manipulaciones de información estratégica que caracterizan un mercado imperfecto. Las coacciones y conflictos de la circulación de bienes se instalan en su producción. Más aún, en la nueva economía o economía de la información, la acumulación inmaterial de contenidos que circulan por INTERNET hará primar una lógica que ya no es de la

⁵⁴d. pág. 494.

⁵⁵ Coriat B.: *Penser á l'envers*. Christian Bourgois Ed., Paris, Francia, 1991.

⁵²d. págs. 496 a 522.

⁵³d. pág. 467.

producción ni de la circulación de productos sino del mercado de capitales, con las consecuencias en volatilidad de trabajos y contratos que ello presupone⁵⁶.

Aparecen formas de implicación competitiva de los trabajadores con los resultados de la empresa, los correspondientes sentidos de pertenencia a ésta y formas de liderazgo que trascienden largamente las funciones de control y estímulo de los supervisores tradicionales. Los nuevos líderes en el trabajo no sólo controlan, premian y castigan, sino que representan al trabajador de su grupo ante la empresa, negocian con ésta cuestiones económicas sustantivas y, en este sentido, dan lugar a prácticas que se asemejan y compiten con las del sindicato.

A la vista de estos fenómenos, los sindicatos tienden a objetar las prácticas participativas que así aparecen. Perciben un estrechamiento del ámbito de la negociación colectiva y, por tanto, un debilitamiento de la identidad y autonomía política y cultural de los trabajadores y sus organizaciones. En aparente correspondencia, las empresas dan muchas veces a los programas de aseguramiento de la calidad una connotación antisindical, buscan con ellos sustituir los sindicatos donde existen o impedir su constitución donde no existen.

Pero el problema esencial es la incorporación de los objetivos de competitividad de las empresas en la acción cotidiana del sindicato. Ya que concebida al modo capitalista, es decir, dirigida a la acumulación de ganancia como bien absoluto, esa competitividad enfrenta a los trabajadores entre sí, corporativizando antes que ampliando (democráticamente) sus intereses. Al mismo tiempo, crea las bases para un entendimiento, economicista pero no por eso menos eficaz, entre trabajadores y gerencia, que hará superfluo el sindicato.

El desafío para este es enorme. No puede simplemente rechazar los programas empresariales sin desligarse de la economía y la política real, pero tampoco puede asumir todas sus manifestaciones e implicancias. Tiene que desarrollar un nuevo tipo de autonomía sindical, que descubra las formas de solidaridad capaces de imponerse por sobre las restricciones culturales y prácticas que a ella pone la competitividad. Y concebir solidaridad y competitividad como partes de un todo es un ejercicio intelectual y práctico difícil para cualquiera.

Considerado el Chile de la modernización capitalista global,

⁵⁶Ehrke M.: "La nueva economía. Cinco dimensiones del concepto". Fundación Ebert, Buenos Aires, Argentina, 2001.

incluso en estudios que no trabajan la hipótesis de una crítica social fuerte, como el de Frías, la mencionada dificultad de identidad obrera encuentra señales aleccionadoras. Registran así desafíos inéditos para la constitución de los actores laborales en la empresa como sujetos de la producción, capaces de superar las reivindicaciones meramente defensivas que son tradicionales, manteniendo su autonomía y capacidades de acción conflictiva:

*"Esto no significa por parte del trabajador, en ninguna medida, el abandono de las dimensiones de independencia y autonomía, necesarias en todo cuerpo social, ni la ausencia de conflicto entendido como oposición de intereses contrapuestos, siempre acompañada también de la dimensión de cooperación, sino al revés, nuevos esfuerzos que sepan colocar la reivindicación en otro plano, y en un contexto. Esto, como veremos, está preñado de nuevas exigencias"*⁵⁷.

Hay una senda intermedia entre avanzar a nuevas formas de identidad económica del trabajador o quedarse en las tradicionales del orden industrial. El funcionamiento óptimo del sistema capitalista, a pesar de sus proclamadas modernizaciones y complejidades, transcurre siempre según una obsesiva búsqueda de competitividad vía menores costos. Todo el registro empírico de la economía real, en cualquier país, está repleto de constataciones de ese tipo. Al punto que el discurso gerencial llega a designar "calidad" (total) sistemas cuya norma básica dispone "elimine desperdicios" y que el mismo discurso nunca da cuenta de la contradicción que supone la obsesión por bajar costos (competitividad "china") e invertir en un marketing publicitario de altos costos relativos y baja productividad total. Los estudios de Coriat mencionados son sólo los más conocidos de los que tratan, con lujo de datos, esta contradicción discursiva y práctica tan relevante. Queda entonces la sospecha de si tras la contradicción entre discurso competitivo (menores costos ¿no justificables?) y discurso de marketing (mayores costos ¿no justificables?) hay algo de significado mayor: ¿El objetivo es competitividad real o poder real? ¿Qué sentido real tiene la aparentemente arbitraria identificación entre menor costo y racionalidad económica?

8. Socialismo: relación comunicativa entre experto y acción.

"El sentido del ideal socialista sólo puede realizarse en la medida que sea capaz de atravesar por la

⁵⁷ Frías F. (2002) op., cit. pág. 382.

cabeza y las experiencias de los hombres. Y es esta relación tan singular entre marxismo y subjetividad la que borra de sus textos la pátina del tiempo y nos hace leerlos como si fuéramos nosotros sus destinatarios” (José M. Aricó sobre José Carlos Mariátegui⁵⁸)

“Habiendo reducido la política a problemas técnicos, o sea la realización óptima de un interés determinado, las decisiones políticas incumben a la elite tecnocrática. Es un asunto de «expertos». El representante ya no invoca la voluntad colectiva sino su conocimiento mejor” (Norbert Lechner: “Poder y orden. La estrategia de la minoría consistente”⁵⁹).

Reconocer vínculos racionales entre solidaridad y competitividad, entonces, llevará al sindicato a buscar en la teoría una forma de racionalidad ampliada que le permita tener razón frente a la razón de la competitividad costos. Parece apropiada a estos efectos la teoría que concibe la acción como una comunicación en torno a los diferentes intereses puestos en juego cuando un actor se encuentra con otro. Esta teoría de la acción comunicativa ha demostrado las posibilidades de una racionalidad amplia, cuyos valores (acumulables) no se limitan a la eficiencia objetivamente asegurada sino que se extienden a las normas de integración social de los grupos y a sus formas de autonomía y expresión genuinas⁶⁰. Esquemáticamente y sólo a manera indicativa, puede decirse que el abordaje basado en la teoría de la acción comunicativa cuestiona las nociones habituales de “comunicación”, “poder” o “regla”, entre otras tan fundamentales como estas para comprender trabajo y política, siguiendo además los aportes para un consideración pragmática del fenómeno de la acción

Reconocer vínculos racionales entre solidaridad y competitividad, entonces, llevará al sindicato a buscar en la teoría una forma de racionalidad ampliada que le permita tener razón frente a la razón de la competitividad costos.

intencional que supieron elaborar desde Max Weber a Hannah Arendt, pasando por Wittgenstein, Austin, Searle, Foucault, Gadamer o Ricoeur. Teoría de singular riqueza para encontrar nuevos diseños sindicales no falta, lo decisivo es que el trabajo intelectual y sobre todo el experto sea capaz de relacionar constructivamente la cultura propia –más técnica- con la nueva –más interacción-.

El punto es darse cuenta que ningunos de los tres criterios de valor considerados, ni el relativo a la eficiencia instrumental de las cosas en la acción, ni el relativo a la corrección en la aplicación de las reglas sociales del grupo de trabajo ni el relativo a la autenticidad de la autonomía y expresión del actor, tiene prioridad sobre los otros. La racionalidad más competitiva y/o más cooperativa de la acción no puede sino, entonces, ser resultado de una discusión contradictoria y conflictiva que, en el mejor de los casos, lleva a un consenso o un compromiso. El espacio de discusión en la empresa, en el trabajo y en el sindicato, es así la cuestión fundamental, como sostiene el investigador francés C. Dejours⁶¹. Sólo garantías suficientes para que en este espacio haya discusión racional y se desarrolle acción comunicativa pueden mejorar las condiciones de cooperación que todo trabajo racional presupone y pueden, a su vez, conjugarse las exigencias de cooperación con las de competitividad.

En este preciso sentido, la teoría en cuestión puede resultar adecuada para las demandas de nuevas ideas que el actor social presenta hoy y, desde una perspectiva socialista, proporcionar conceptos, métodos y orientaciones racionales para una renovación seria de las ideas de emancipación social en sus relaciones con la economía capitalista avanzada. Se trata acá del reformismo radical que los teóricos de la acción comunicativa postulan cuando hacen política y renuevan la crítica del capitalismo. Tema que sólo nos es posible enunciar o anunciar.

Este análisis requiere discutir una noción de saber experto coherente con la teoría con intención práctica esbozada y coherente con las tendencias principales del cambio tecnológico que se observa hoy en el trabajo. La referencia del análisis a una figura de actor nos permite elaborar de modo práctico observaciones sobre el tipo de conocimiento que está en el trasfondo

⁵⁸ En: Aricó J. M.: “El marxismo en América Latina. Ideas para abordar de otro modo una vieja cuestión.”, En: Opciones N°. 7, Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC), Santiago, 1985, pág. 90.

⁵⁹ Ver Lechner N. (1984) op. cit. pág. 110.

⁶⁰ Una presentación de esta teoría aplicada a los ambientes productivos se encuentra en Zarifian P.: Travail et communication. Essai sociologique sur le travail dans la grande entreprise industrielle. PUF, Paris, Francia, 1996.

⁶¹ Dejours C.: El factor humano. Asociación Trabajo y Sociedad, Buenos Aires, Argentina, 1998.

y que, explicitadas según las convenciones al uso en la filosofía del conocimiento, resultarían demasiado abstractas. Conviene aclarar que para nuestro discurso una teoría muestra más intención práctica cuanto más se enfoca desde el actor social antes que del Estado y funcionamiento del sistema técnico.

Un relato anecdótico sobre la aplicación de tecnologías en el agro ayudará a explicar nuestro punto de vista. Expertos intervinientes en tales procesos constataban que, aunque se eligiera de modo técnicamente inobjetable la tecnología adecuada a la producción, muchas veces era imposible encontrar el campesino que las aplicara. Terminaron preguntándose si en vez de tecnologías adecuadas no había que producir “campesinos adecuados”. Es también usual que la ciencia social aplicada a partidos, sindicatos u otras formas de acción colectiva prescriba reglas óptimas que, sin embargo, los potenciales beneficiarios jamás aplican: ¿Habría que buscar el partido adecuado al pensamiento del experto o al revés?

Está acá presente el problema clásico de la relación entre teoría y práctica, cuyo tratamiento exhaustivo excede de lejos no sólo este ensayo sino las posibilidades de su autor. Pero alguna indicación puede esbozarse si la mirada, aunque mantenga pautas de objetividad, se acota a la perspectiva ideológica que designamos como socialismo. Pues en este caso la pregunta versará sobre una relación entre teoría y práctica o entre experto y actor que desarrolle el potencial democrático susceptible de surgir de la práctica del actor.

¿Cuál es el tipo genérico de experto que hace este desarrollo posible?

Primero uno que acepta algo poco aceptable para el experto tradicional: que el saber evidenciado en toda acción o experiencia con sentido puede tener tanta entidad, valor de conocimiento y capacidad de representar la realidad como lo tiene, en principio, el saber construido por los métodos técnico científicos usuales. Sobre esta valoración del “saber común” de las personas y, para nuestro caso, el “saber obrero”, hay disponible una amplia acumulación de ciencia social, de la cual nos hemos ocupado en otra parte⁶². No es un dato menor que esa ciencia vincule constructivamente la estructura y dinámicas de la innovación productiva con la estructura y

⁶²Cfr. Rojas E.: El saber obrero y la innovación en la empresa. CINTERFOR-OIT, Montevideo, Uruguay, 2000.

dinámicas de la experiencia obrera. Valgan sólo a modo de ejemplo las elaboraciones de la “ciencia acción” surgidas de investigadores y teóricos del MIT y Harvard⁶³.

Hay una segunda condición planteada a la formación del experto por el desafío metódico de aportar saber eficaz a la acción social: debe ser capaz de elaborar un conocimiento que, antes que una ilustración es una reconstrucción del saber común del actor. Pero el punto es que, por principio, está excluida toda forma de esa reconstrucción que derive su validez de la técnica utilizada: la figura de experto evocado en este ensayo entiende que la validez reconstructiva de su ciencia se extrae de una fusión de horizontes entre experto y actor, según enseña la hermenéutica filosófica moderna. Es decir, elaborada de modo que es el actor quien emite el juicio de validez científica de las conclusiones, luego que encuentra argumentos racionales y prácticos que lo llevan a coincidir con las formulación experta, sus perspectivas, significados e inferencias principales. Y luego que actor y experto aceptan que las diferencias de interpretación se resuelven en una discusión pública sin limitaciones a priori. Tanto la productividad real de las empresas como el desempeño del trabajador, sus competencias y evaluación, pueden ser materia de una construcción plural y pública entre expertos y actores sociales.

Un concepto de intervención y gestión adecuado a este discurso las entiende como “acción pública”, al modo explicado por el economista e investigador francés Eric Verdier en un estudio sobre políticas públicas de formación profesional. La acción pública define “las modalidades de coordinación que vinculan reglas y actores para construcciones colectivas destinadas a producir eficacia

Es también usual que la ciencia social aplicada a partidos, sindicatos u otras formas de acción colectiva prescriba reglas óptimas que, sin embargo, los potenciales beneficiarios jamás aplican: ¿Habría que buscar el partido adecuado al pensamiento del experto o al revés?

⁶³Un clásico de esta “escuela” es: Argyris C., Putnam R. and Mac Lain Smith D.: Action science, Jossey Buss Publishers, San Francisco, USA, 1985.

⁶⁴Verdier E.: “Seminario sobre recomposición de la acción pública para el empleo y la formación profesional”. Organizado por CONICET y PIETTE, Buenos Aires, 1 al 5 de diciembre de 1997.

económica y, más o menos, cohesión social⁶⁴). Tanto en sus fundamentos como en sus modalidades, sostiene Verdier, la acción pública es objeto de expectativas, eventualmente contradictorias, de conciliar búsqueda de competitividad con cohesión social. Pues en los contextos socio económicos actuales hay cada vez mayor dificultad para garantizar la doble convergencia entre derechos individuales y nuevos derechos colectivos, por una parte, y búsqueda de eficacia económica y reducción o por lo menos control de las desigualdades, por otra.

Esta dificultad fragiliza la legitimidad de la intervención experta, en la medida en que los intentos de priorizar la protección social tienden a ser considerados causantes de desempleo, en particular cuando se basan en un aumento de cargas sociales y de aportes obligatorios. Por otro lado, la demanda de intervención pública nunca fue tan fuerte, ya sea para corregir la exclusión social o para contribuir a la competitividad de las empresas y de la nación, mientras la competencia de mercado se acentúa, con una “restricción externa macroeconómica” reforzada.

En tales contextos de contradicción, para analizar la acción pública en Francia se ha desarrollado como instrumento la noción de referencial de política pública, el cual busca relacionar los objetivos de ella, los actores y la manera como construyen sus actos. El referencial de política pública es entonces “un conjunto de normas, construido por actores, que define el sentido y los modos de movilización de los recursos que utilizan unos u otros. Es un campo cognitivo compartido por los actores de una política que les posibilita darse normas sobre el sentido que la política tiene para cada uno y sobre los recursos que cada uno moviliza para la ejecución de esa política”⁶⁵.

Pero lo que importa para nuestros objetivos es que la evaluación por acción pública no es un control de lo realizado sino una incitación y ejercicio de controles con los actores. Será entonces la “construcción de la coherencia”, es decir, la construcción de un referencial que no es norma prescriptiva sino regla capaz de evolucionar según los acuerdos y compromisos que elaboran los actores. La fuerza de la norma en este esquema transita desde un poder normativo a un poder gestor. Interviene así preponderantemente en todo el análisis la dimensión cognitiva de la acción: sólo el aprendizaje del actor sobre sus prácticas y las de los otros le llevará a cambiar sus concepciones de modo de hacerlas coherentes con las de aquellos. De este modo, los requerimientos de conocimiento implican una revalorización acrecentada

⁶⁵ Id.

del rol de la evaluación, en la cual, a su vez, el criterio “técnico” a aplicar será producto de un acuerdo “científico” construido entre el experto y el actor. En su expresión más acabada, la evaluación como acción pública se hace efectiva en un “consejo de evaluación” integrado por los actores implicados, que se constituye como “garante de su calidad científica”. Los evaluadores –técnicos– presentan a este consejo, dice Verdier, los resultados de su trabajo a medida que avanzan en él y el grupo de representantes de actores reacciona y dictamina. La paradoja es que mientras la evaluación se realiza, así, como una construcción social, los debates que provoca son a menudo tecnicistas, se discute sobre la “objetividad”. Se olvida que en los contextos de la acción pública el compromiso de los actores es de racionalidad compleja, impedida por su propia naturaleza de obtener mediante un mero ejercicio técnico una conclusión objetiva sobre el valor de la acción:

“lo que se requiere [de la evaluación] es una producción de conocimiento que permita construir y dialogar a través de él, no sólo afirmar sino también justificar: en una sociedad compleja la justificación es importante”⁶⁶.

No se nos escapa que la noción de experto “práctico” más que “técnico” así vislumbrada presupone el dominio de un tipo específico de teoría social, por ejemplo hermenéutica o comprensiva, o mejor dicho la prioridad metodológica de ésta sobre las explicaciones positivas elaboradas desde la perspectiva de un observador imparcial. El tema excede también en demasía los límites de este trabajo, sin embargo hay una opción que es necesario desterrar: la llamada investigación participativa, en cualquiera de sus versiones.

Por coherencia teórica no se trata que el actor participe en la elaboración de un conocimiento cuyas premisas y métodos no le conciernen porque vienen técnicamente determinados. La idea es que el saber mismo es una interacción entre actores, uno que investiga y concluye de un modo y otro que lo hace de otro. Este enfoque suele ser explicado como crítica a la noción de ciencia aplicada, por ejemplo, en Francia por Christophe Dejours:

“En la perspectiva de la crítica de que hablamos, se trata de establecer la primacía del terreno, es decir, en este caso, de las conductas humanas concretas. La cuestión planteada es entonces la del análisis, la descripción y la comprensión de las conductas concretamente adoptadas por los hombres y las mujeres en situación real, considerándolas como punto de

⁶⁶ Id.

partida del proceso de investigación, es decir, renunciando a considerarlas como la ejecución más o menos degradada de conductas ideales, definidas a partir de situaciones artificiales (experimentalmente construidas)⁶⁷.

Tampoco se nos escapa que en este tratamiento del rol del experto se pone en juego una determinada concepción del rol del intelectual. Podemos ilustrar el rango de nuestras preocupaciones recurriendo al respecto a definiciones aportadas por M. Blanchot. ¿Intelectual?, se preguntó, no lo es el poeta ni el escritor, no lo es el filósofo ni el historiador, no lo es el pintor ni el escultor, no lo es el sabio, aunque sea profesor. Parece que no se lo es todo el tiempo como tampoco que se lo pueda ser por completo. Es una parte de nosotros mismos que no sólo nos aparta de nuestra tarea, sino que nos vuelve a lo que se hace en el mundo para juzgar o apreciar lo que se está haciendo de él⁶⁸. En la retaguardia de la política, el intelectual no se aparta ni se retira, sino que trata de mantener esa distancia e impulso de la retirada para aprovechar esa proximidad que le aleja con el fin de instalarse en ella (precaria instalación), como un centinela que no estuviera allí más que para vigilar, mantenerse despierto, escuchar con una atención activa que expresa menos la preocupación por sí mismo que la preocupación por los otros. El intelectual no es, por tanto, precisa Blanchot, un especialista de la inteligencia: ¿especialista de la no-especialidad? La inteligencia, esa habilidad del espíritu que consiste en aparentar que se sabe más de lo que se sabe, no hace al intelectual:

“sin pretender pensar en lugar de los demás, defiende su derecho a no replegarse sobre sí mismo, pues lo lejano le importa tanto como lo próximo y lo próximo le importa más de lo que se importa así mismo”⁶⁹.

La pregunta de Blanchot se dirige al intelectual que funge de político dominante tradicional sin admitirlo: ¿A qué desvarío se expone cuando se convierte en mensajero del absoluto, en el sustituto del predicador, en el hombre superior que se siente tocado por la gracia⁷⁰? Y se responderá que el único modo de evitar el desvarío elitista del predicador es someter su juicio al juicio público de la sociedad: un intelectual no debe únicamente juzgar o tomar partido, debe exponerse y responder por esa decisión, si es necesario, al precio

de su libertad y de su existencia. Siempre está expuesto a este doble peligro: renunciar a su fuerza creadora renunciando a su soledad, y ponerse en peligro sosteniendo públicamente un punto de vista del que ni siquiera está seguro que justifique su sacrificio⁷¹.

Así y desde una mirada como la de Blanchot, cercana a las tesis francesas de extinción del sujeto emancipador, sea en el mundo de las ideas o del trabajo, queda que el juicio de valor de la intervención en la sociedad es público y comprometido, de algún modo la expertez productiva de la sociedad está en el ejercicio de la ciudadanía. Un argumento para esta conclusión alega a favor del filósofo como intelectual público antes que como experto científico o mediador terapéutico que resuelve los problemas de la vida personal. El filósofo o el experto de este corte en su rol público puede de este modo contribuir a la intervención de la gente en la autocomprensión moderna y autocrítica de la sociedad, en el uso de diversos lenguajes y, en este sentido, criticar a la vez que revertir la colonización del mundo de la vida por la ciencia y la tecnología. Puede, por último, contribuir a la vigilancia del respeto a los fundamentos normativos de la política democrática. La filosofía en democracia es el uso público (ciudadano) de la razón:

“El que el pensamiento filosófico tenga una repercusión pública necesita, de forma especial, de la protección institucional de la libertad de pensamiento y de comunicación y, por el contrario, un discurso democrático permanentemente amenazado necesita también de la vigilancia y la intervención de estos guardianes públicos de la racionalidad que son los filósofos”⁷².

Por eso es una idea extendida que la filosofía juega un rol acrecentado en la política y la economía real. En definitiva, el desafío socialista frente a la economía contemporánea difícilmente puede enfrentarse sin cambios profundos en la comprensión misma del trabajo, la tecnología, el saber y el conocimiento.

El sentido de esos cambios está en una valoración sistemática, despejada de todo romanticismo participativo, del saber obrero y del poder

⁶⁷Dejours C., op. cit.

⁶⁸Blanchot M. (2003) op. cit. págs 55-56-

⁶⁹Id. 58

⁷⁰Id. 78

⁷¹Id. 106.

⁷²Habermas J.: Verdad y justificación. Ed. Trotta, Madrid, 2002, pág. 318.

comunicativo con que la sociedad civil puede, bajo ciertas premisas, influir el sistema político y sus instituciones, poniendo límites y confrontando con el poder de la administración estatal y de las grandes empresas o actores privados. Por esta vía el socialismo no puede ya escindir trabajo y ciudadanía, tiene que comunicarlos. La figura del trabajador, la figura del conocimiento y la figura

del experto y del intelectual mutan en profundidad como resultado de esa comunicación. Al intelectual socialista sólo parece quedarle como criterio de valor, de coherencia y consecuencia entre la teoría y la práctica, el juicio público de la sociedad. Para nosotros, es el ideal socialista que atraviesa la historia y la cabeza de los hombres de modo que siempre parece interpelarnos en la actualidad, según dice el epígrafe que nos enseñó Mariategui.

B I B L I O G R A F Í A

Adorno T. W.: Prismas. Ariel, Barcelona, s/f (citado en Jay M.: La imaginación dialéctica. Historia de la Escuela de Frankfurt y el Instituto de Investigación Social (1923 – 1950). Taurus, Madrid, 1991

Arendt H. : La condición humana. Paidós. Buenos Aires. 1993.

Argyris C., Putnam R. and Mac Lain Smith D.: Action science, Jossey Buss Publishers, San Francisco, USA, 1985.

Aricó J. M. : La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina. Siglo XXI Editores, Buenos Aires, 2005.

“El marxismo en América Latina. Ideas para abordar de otro modo una vieja cuestión”, en Opciones Nro. 7, Centro de Estudios de la Realidad Contemporánea (CERC), Santiago, 1985.

Arranz M.: Prólogo a Maurice Blanchot: Los intelectuales en cuestión. Esbozo de una reflexión, Tecnos, Madrid, 2003.

Bachelet M.: “Una concertación ciudadana para un nuevo ciclo político”. Presentación del libro de E. Águila Los desafíos del progresismo. Hacia un nuevo ciclo de la política chilena, Instituto Igualdad, Santiago, 2006 (publicada en www.centroavance.cl, Santiago 24.01.06.

Beriani J.: “El doble “sentido” de las consecuencias perversas de la modernidad”. Prólogo a: Giddens A., Bauman Z., Luhmann N. y Beck U.: Las consecuencias perversas de la modernidad, Anthropos, Barcelona, 1996

Blanchot M. : Los intelectuales en cuestión. Esbozo de una reflexión, Tecnos, Madrid, 2003.

Boltanski L. y Chiapello E.: El nuevo espíritu del capitalismo. Eds. Akal, Madrid, 2002.

Bourdieu P.: La distinción. Criterio y bases sociales del buen gusto. Taurus, Madrid, 1998.

Bourdieu P.: “Una utopía razonada contra el fatalismo económico”. En New Left Review, Nro. 0, Eds. Akal. Madrid, 2000.

Cillario L.: “El engaño de la flexibilidad. Elementos para una crítica de la ideología de la automatización flexible”. En Castillo J. J (comp.): La automatización y el futuro del trabajo. Tecnologías, organización y condiciones de trabajo, Ministerio de Trabajo y Seguridad Social, Madrid, España, 1988.

Cohen Jean y Arato A.: Sociedad civil y teoría política, Fondo de Cultura Económica, México DF, 2000.

Coriat B.: Penser á l’ envers. Christian Bourgois Ed., Paris, Francia, 1991.

Crespo R.: El pensamiento filosófico de Keynes. Descubrir la melodía. Eds. Internacionales universitarias, Madrid, 2005.

Dejours C.: El factor humano. Asociación Trabajo y Sociedad, Buenos Aires, Argentina, 1998.

Ehrke M.: “La nueva economía. Cinco dimensiones del concepto”. Fundación Ebert, Buenos Aires, Argentina, 2001.

Espinoza Malva: “Trabajo decente y protección social”. Documento de Trabajo para proyecto de formación de líderes sindicales emprendido por la CUT, Santiago de Chile, 2002.

Frías P.: Desafíos de modernización de las relaciones laborales. Hacia una nueva cultura y concertación empresarial. LOM Ediciones, Santiago, 2001.

Gallino L.: "Informática, trabajo, inteligencia y democracia". En: Castillo, J. J. (comp) 1988.

Giddens A., Bauman Z., Luhmann N. y Beck U.: Las consecuencias perversas de la modernidad, Anthropos, Barcelona, 1996.

Godio J.: "El paradigma de la «sociedad del trabajo»". En Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social: Revista de Trabajo. Nueva Época, N°. 1, Eds. Biblos, Buenos Aires, 2005.

Sociología del trabajo y política. Atuel, Buenos Aires, Argentina, 2001.

Habermas J.: Verdad y justificación. Ed. Trotta, Madrid, 2002.

Hopenhayn M.: Repensar el trabajo. Historia, profusión y perspectivas de un concepto. Grupo Editorial Norma, Buenos Aires, 2001.

Lash S.: Crítica de la información. Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2005.

Lechner N.: "Poder y orden. La estrategia de la minoría consistente", en Lechner N.: La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado. FLACSO, Santiago, 1984.

"Tres formas de coordinación social. Un esquema". Ponencia en coloquio del CENDES, Caracas, Venezuela, 9 al 11 de octubre de 1996.

Mariátegui J. C.: Perunicemos el Perú, Obras Completas, Vol. 10, Lima, Amauta, 1970.

Martner Gonzalo y Alfredo Joignant: El socialismo y los tiempos de la historia. Diálogos exigentes. Prensa Latinoamericana – Fundación CESOC, 2003.

Ortúzar C. : Una aproximación al sentido común campesino. Centro de Investigación y Desarrollo de la Educación (CIDE), Santiago, 1988.

Rawls J.: Teoría de la Justicia. FCE. México DF. 1997.

Liberalismo Político. FCE. México DF. 1997.

Rojas E.: "Los murmullos y silencios de la calle. Los socialistas chilenos y el surgimiento de Michelle Bachelet", Buenos Aires, en prensa.

El saber obrero y la innovación en la empresa. CINTERFOR-OIT, Montevideo, Uruguay, 2000.

Catalano Ana M. et alii: La educación desestabilizada por la competitividad. Las demandas del mundo del trabajo al sistema educativo. Ministerio de Cultura y Educación de la Nación, Buenos Aires, Argentina, 1997.

Shaiken H.: Le travail a l'envers Automation et main-d'oeuvre a l'age des ordinateurs. Flammarion, Francia, 1986.

Verdier E.: "Seminario sobre recomposición de la acción pública para el empleo y la formación profesional". Organizado por CONICET y PIETTE, Buenos Aires, 1 al 5 de diciembre de 1997.

Zambrano J. C. : "Trabajo y sindicalismo en los nuevos tiempos". Documento de Trabajo para el presidente de la CUT, Santiago de Chile, 2002.

Zarifian P.: Travail et communication. Essai sociologique sur le travail dans la grande entreprise industrielle. PUF, Paris, Francia, 1996.

ANÁLISIS Y PROPUESTAS - Relaciones laborales

Teoría Crítica, Democracia y Trabajo

***Eduardo Rojas**

Vicepresidente de la CUT entre 1970 y 1973, magíster en ciencias sociales, y agregado laboral en la embajada de Chile en Argentina

El contenido presentado en "Análisis y Propuestas" representa el punto de vista del autor y no necesariamente refleja la opinión de la Fundación Friedrich Ebert.

Esta publicación está disponible en internet: www.fes.cl
Publicaciones "Relaciones Laborales"

ANÁLISIS Y PROPUESTAS

febrero 2007



**FRIEDRICH
EBERT
STIFTUNG**

La Friedrich Ebert Stiftung es una fundación política alemana. Se dedica a la labor de la asesoría y la capacitación política y ofrece espacios de debate en Alemania y en diversos países en todo el mundo. El objetivo de su labor es fortalecer la democracia y la justicia social. Para estos efectos, coopera con actores políticos y sociales de la más diversa índole en Alemania y en el mundo.

www.fes.cl / feschile@fes.cl